

# Profetas del desastre: Las críticas ideológicas al sistema democrático venezolano en la década de los setenta y ochenta<sup>1</sup>

*Prophets of doom:  
ideological critiques against the Venezuelan  
democratic system during the seventies and eighties*

Recibido: 13/07/2019

Aprobado: 20/08/2019

## Guillermo Tell Aveledo Coll

Doctor en Ciencias Políticas egresado de la Universidad Central de Venezuela. Profesor en la Universidad Metropolitana, su línea de investigación se encuentra enmarcada en las corrientes conservadoras del pensamiento político venezolano. [gaveledo@unimet.edu.ve](mailto:gaveledo@unimet.edu.ve)

**Resumen:** Para la década de los setenta., el nuevo sistema democrático de partidos venezolano se encontraba en un auge envidiable. Había derrotado o sometido a sus más tenaces adversarios: el Militarismo y los Movimientos de Guerrillas de izquierdas; y, con el traspaso de mando de Rafael Caldera a Carlos Andrés Pérez, había logrado una incruenta alternabilidad entre partidos distintos como nunca antes en su historia. Al nacionalizar el petróleo, en medio de un auge global de sus precios, alcanzó unos niveles de bonanza incomparables incluso con

---

<sup>1</sup> El presente trabajo fue producido dentro del marco de la iniciativa Reto País, de la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2019.

las décadas anteriores. El sistema gozaba de legitimidad de origen y de ejercicio. Sin embargo, las voces críticas no cesaban: desde las derechas, se le consideraba como un sistema anquilosado y botarate, atado a la demagogia electoral sin contenido doctrinario; desde las izquierdas, como un sistema que, pese al apoyo popular, era cuando menos servil a los intereses del capitalismo local y foráneo, y cuando más como una dictadura de clase. Y, a manera de autocrítica, los viejos líderes advertían cómo la corrupción conspiraba contra la integridad de toda la obra, que era frágil y corría enormes riesgos. En el presente trabajo examinaremos desde la metodología de las ideas políticas, visiones de líderes de opinión representativos de estas tendencias, desde la prensa y el ensayo político, hasta la década de los ochenta.

**Palabras clave:** Venezuela; Historia Política; Pensamiento Político; Democracia Representativa.

**Abstract:** By the nineteen-seventies, the young party-led Venezuelan democracy was in an enviable position. Its most tenacious adversaries, Militarism and Left-Wing Guerrilla Movements, had been either defeated or subdued. The presidential handover from Rafael Caldera to Carlos Andrés Pérez, signified a peaceful alternance between the two main political parties. Additionally, by nationalizing its oil industry during a global commodities boom, it reached a peak in income incomparable even with prior decades. Democracy enjoyed widespread legitimizing support. However, critical voices remained adamant: from the right, the system was characterized as paralyzed and spendthrift, bogged down by vague electoral demagoguery; from the left, it was described as a system which, despite popular support, was at best servile to local and foreign capitalists, and at worst, a class dictatorship. Moreover, and self-critically, the founders of the democratic system warned against the threat of corruption, which could bring democracy -still fragile and at risk, down. In the present work, we shall revise the views of representative opinion leaders from these tendencies, with the tools of the history of political thought, through press and political books, up to the eighties.

**Key words:** Venezuela; Political History; Political Thought; Representative Democracy.

## *Preliminares*

Es un argumento largamente sostenido por las ciencias sociales, especialmente la politología, que la cohesión entre las élites es necesaria para el mantenimiento de los regímenes políticos (Schumpeter, 1962). Dado su carácter competitivo, y dada la exposición de su legitimación a las fluctuaciones electorales y de la opinión pública, así como las tensiones naturales entre élites y pueblo (Michels, 2001; Bobbio, 1994; Morgan, 2006), la democracia es el sistema político que presenta mayores problemas de cohesión, lo cual generaba contra ésta una tradición negativa en el pensamiento político a lo largo de los siglos (Dahl, 1989). Históricamente, esto se había manifestado en las disputas entre sectores sociales -ya en el extremismo popular o en la reversión elitista, ambas de carácter autoritario- así como también en las crisis dentro de las propias élites y sus divergencias en torno a la legitimidad del gobierno popular (Huntington, Linz).

Contemporáneamente, a su vez, se estima que los sistemas democráticos-representativos, o poliárquicos<sup>2</sup>, se encuentran en una crisis sin precedentes desde la última ola de transiciones democratizadoras de finales del siglo XX (Runciman, 2018; Levitsky y Ziblatt, 2018). Existe una regresión generalizada del ritmo de aperturas políticas (Diamond y Plattner, 2016; Lührmann y Lindberg, 2019) y desde los propios sistemas políticos. Pero, el proceso de esta regresión no consiste en los típicos quiebres de la democracia de hace una o dos generaciones (especialmente acusadas con la ocurrencia de golpes de Estado a lo largo de la Guerra Fría), sino en la erosión paulatina de la legitimidad de los sistemas democráticos por el atrincheramiento autoritario paulatino por parte de élites emergentes y antisistema, que aprovechando las libertades públicas de un sistema poliárquico, y sostenidas por un apoyo del electorado descontento y radicalizado por una percepción sobre las estrecheces e insuficiencias de los sistemas políticos democráticos vigentes, desmontan sus instituciones (O'Donnell,

---

<sup>2</sup> Queremos decir por 'democracia' o régimen poliárquico aquél que se caracteriza por la existencia de libertades para legalmente diseñar y proponer alternativas de políticas, junto con las libertades de asociación y expresión para organizar esas propuestas, lo que implica también una alta tolerancia hacia las oposiciones, y sus relativamente amplias oportunidades para participar en la influencia sobre el gobierno (incluyendo el cambio pacífico de los gobernantes) (Linz, 1987:17; Dahl, 1986:230).

1994; Zaakaria, 1997; Levitsky y Way, 2010; Mounk, 2018). En ese sentido, se vuelve al patrón de aprovechamiento de las debilidades de autodefensa de las democracias liberales, como habría descrito Ortega y Gasset ante la crisis de las débiles democracias de entreguerras:

La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal. Ella lleva al extremo la resolución de contar con el prójimo... es el principio de derecho político según el cual el poder público, no obstante ser omnipotente, se limita a sí mismo y procura, aún a su costa, dejar hueco en el Estado que él impera para que puedan vivir los que ni piensan como él ni sienten como él, es decir, como los más fuertes, como la mayoría... es la suprema generosidad... ¡Convivir con el enemigo! ¡Gobernar con la oposición! ¿No empieza ya a ser incomprensible tanta ternura? (Ortega y Gasset, 2009:91-92)

Esta constatación sirvió para establecer que uno de los factores de riesgo para las democracias es la existencia no sólo de oposiciones desleales, sino especialmente de oposiciones semileales, que son ambiguas a las reglas, instituciones y valores del sistema democrático (Linz). La crisis transformadora del sistema político democrático venezolano parece ser una muestra prematura de lo que ha sido descrito como una regresión democrática generalizada. En ese sentido, este trabajo busca afirmar que la crisis de des-democratización del sistema político venezolano dominante durante la etapa 1958-1998, no se debió solamente a factores estructurales e institucionales comprobados y de alto consenso en la literatura (disminución de la renta derivada de los ingresos petroleros, declive de las magnitudes de distribución del ingreso y aumento de la desigualdad social, alta presión demográfica sobre sus resultados sociales, ineficacia y corrupción del sistema político, rigidez de sus reglas de juego, resultados electorales adversos para sus actores clave, etc.) (Kornblith, 1998; Myers y MacCoy, 2004) o de conjuras coyunturales de actores ambiciosos (Rivero, 2010; Peñalver, 2015), sino que además implica la existencia de narrativas adversas a sus valores fundamentales y a su legitimidad, que desde los márgenes del sistema político fueron adquiriendo creciente saliencia y socavando su autoridad.

Esto es tanto más llamativo porque tales narrativas adversas fueron realizadas durante el auge mismo del sistema político instaurado en 1958. Analistas locales y foráneos parecían estar de acuerdo en la fortaleza esencial del sistema,

y en su excepcionalidad (Rey, 1972; Levine, 1973; Martz y Myers, 1977; Werz, 1983). Al alcanzar su segunda década, y habiendo dejado atrás las amenazas más ostensibles de sus rivales históricos (los proyectos pretorianos de la década de los cincuenta y las guerrillas marxistas-leninistas), mostraba como logro significativo la alternancia pacífica de poder entre dos grandes partidos que contaban con apoyo popular generalizado: los reformistas Acción Democrática (de tendencia socialdemócrata) y Copei (de tendencia socialcristiana), los cuales administraban importantes recursos con los que habían promovido avances en la ruta de modernización iniciada en décadas anteriores, añadiendo un marcado esfuerzo de redistribución del ingreso hacia los sectores populares, sin amenazar la situación de las élites económicas y los sectores sociales más conservadores.

Empero, en medio del régimen de libertades imperante, aparecían de manera expresa críticas no sólo hacia los protagonistas de ese sistema político -sus partidos dominantes- sino en última instancia hacia los fundamentos de la democracia representativa (la posibilidad que el electorado pudiese definir en comicios libres su voluntad sobre quiénes le representarían en las funciones de legislación y gobierno) y sus objetivos modernos (la distribución de la renta dentro de un marco de relativa libertad económica). Sostenemos que estas críticas no sólo tienen un elemento de rivalidad personal sobre la base de una evaluación de los hechos, sino que además están predeterminadas por un marco de evaluación ideológica con respecto a cómo debían distribuirse el poder y los recursos en la nación.

Es nuestro objetivo examinar, desde la perspectiva de la historia del pensamiento político en Venezuela, los argumentos y las nociones sobre la democracia, el pueblo y los partidos políticos expresadas por líderes de opinión representativos de las izquierdas y las derechas, expresadas tanto en la literatura política de opinión durante las décadas de los ochenta, así como algunas apariciones en medios de comunicación de masas, entre las décadas de los setentas y ochentas del siglo XX, como prolegómenos a la crisis terminal del referido sistema político.

### *Pensamiento Político e Ideología*

Para la revisión de estos textos partimos de la metodología contextual de la historia de las ideas políticas, como subdisciplina de la historia política. Asumiendo este enfoque, la historia de las ideas es la reconstrucción de las intenciones y significados de los autores dentro de su contexto de debate político y el marco de referencia social del momento en que tales textos fueron escritos (Skinner, 1969; Urbaneja, 1976). Esto quiere decir, que los textos políticos no han de ser estudiados como una sucesión canónica de documentos atemporales, sino como la expresión de debates concretos. A este fin, el intérprete de los textos debe rescatar el vocabulario político del tiempo, así como el contexto histórico (ideológico, social, político...) en el que pertenece, asumiendo que “los textos políticos tienen un carácter fundamentalmente histórico” y que a la vez son “de intencionalidad política claramente inmediata” (Aveledo Coll, 2016: 64).

Con esto queremos decir que los textos políticos tienen como interés participar de las polémicas políticas de su momento, y con ellas actuar políticamente: esto es, proponiendo alterar o apuntalar la distribución de poder colectivamente vinculante en instituciones así reconocidas por la sociedad. La capacidad mediata o inmediata de los ideólogos y polemistas en lograr este cambio es irrelevante para establecer claramente esta intención, pero es esa misma capacidad potencial la que da importancia al texto: refleja una corriente que quizás influirá en las acciones políticas futuras (Figgis, 1916: 1). En esencia, la oposición de hoy es el argumento legitimador de mañana. Como apunta Brunkhorst:

No es posible proyectar teóricamente nuevas instituciones, planificarlas técnicamente y construirlas con el proyecto en la mano como se hace con los edificios nuevos. Pero en tanto que *espíritu* objetivo, están abiertas a la resonancia no sólo de las innovaciones en sí, sino también de los argumentos que las apoyan o las rechazan y que deben recabarse una y otra vez... La racionalidad de las instituciones se mide precisamente por su capacidad de resonancia. *Sin cobertura argumentativa, las instituciones políticas pierden toda aceptabilidad civil y caen en crisis de legitimación.* (Brunkhorst, 2004:15)

Siendo que esta resonancia se perdía en ideologías adversas, aquí es necesario hacer un paréntesis en torno a lo que comprendemos como ideologías. Por ideologías no queremos decir “falsa conciencia” o “construcciones ficticias”,

sino articulaciones realizadas por actores políticos, de manera más o menos formalizada y más o menos ambiciosa -en programas, discursos, etc.- de: a) un diagnóstico de la realidad político-social circundante; b) un programa o modo de afectar esa realidad (como conjunto de acciones a realizar); c) una definición del liderazgo apropiado para dicho cambio y d) un llamado a la acción hacia la realización del mismo (Aveledo Coll, 2016: 66-68).

El sistema político democrático venezolano establecido a partir de 1958 gozó de una ideología dominante: la del Estado Social de Derecho o democrático-liberal (Martínez, 1979): entendiendo por “democrático” no sólo sus elementos de sustento popular (la soberanía reside en el pueblo), sino también de redistribución económica, y por “liberal”, sus elementos de control constitucional y competencia política en el marco de libertades públicas (expresión, asociación, etc.) para el conjunto de actores leales y semileales. A su modo, esta ideología o lenguaje “democrático-liberal” era un macro-lenguaje que debía cubrir las distintas opciones ideológicas, sin robarles de su sentido último, pero sí moderándolas en su pugnacidad mutua para converger en el centro. Así, las versiones del lenguaje cristiano o socialista en un régimen “democrático-liberal” (o social de derecho) lo eran respectivamente la “demócrata-cristiana” y la “social-democrática” (representadas ostensiblemente en Copei y Acción Democrática). Esta es la ideología detrás de los acuerdos político-programáticos de Puntofijo y el Programa Mínimo de 1958, y la establecida también en la Constitución de 1961, que reflejaban el sentido histórico de los grandes partidos democráticos:

a) Diagnóstico: Venezuela es un país socialmente desigual, donde el pueblo -capaz de ser agente de su soberanía- tiene siglos de dominio económico y político por parte de oligarquías rapaces (aristocráticas, caudillista so militares).

b) Programa: En Venezuela debe establecerse un sistema de gobierno representativo y electo, que permita libertades al pueblo para organizarse, para obtener las ventajas necesarias del antedicho dominio, por medio de la redistribución económica.

c) Liderazgo: El pueblo venezolano no es un ente abstracto, sino que se organiza voluntaria y masivamente en partidos políticos, de alcance nacional y policlasista, que proveen cuadros de gobierno -políticos y técnicos- para tal sistema de gobierno.

d) Acción: Los venezolanos deben derrotar y neutralizar las pretensiones contrarias a su sistema representativo, y deben evitar “retrotraerse a etapas ya superadas”.

Esa misma superación, normalizada con el establecimiento de la democracia, debía ocurrir con las otras ideologías en competencia. Eso implicaba que los rivales de los partidos democráticos debían aceptar las premisas de soberanía popular, gobierno representativo, Estado social de derecho, etc. ¿Eran estas premisas aceptadas? ¿Se podía aceptar un plan derivado de las mismas premisas desde otros lenguajes? Nuestras derechas (pretorianas, tecnocráticas, neoliberales o de corte positivistas) y nuestras izquierdas (marxistas-leninistas en un abanico diverso de matices), como se verá más adelante, no compartían plenamente este criterio: aceptaban la democracia como ideal normativo, pero rechazaban, más tarde o más temprano, su manifestación concreta en el país, acaso de modo creciente en la medida que les era más difícil ser electoralmente competitivos frente al sistema que adversaban.

Para hacer esta revisión de las críticas hacia la cobertura argumentativa de la democracia venezolana, y no existiendo antologías suficientemente extensas sobre el pensamiento político de los años de auge e inicio del declive de dicho sistema<sup>3</sup>, hemos echado mano esencialmente de dos fondos bibliográficos y documentales: la colección de la *Biblioteca Ramón J. Velásquez*, en la Universidad Metropolitana de Caracas, cuyos más de diez mil títulos son el fondo más amplio de libros sobre historia política de Venezuela de la segunda mitad del siglo veinte; y secundariamente, el Centro de Investigaciones Carlos Rangel-Sofía Imber, de la Universidad Católica Andrés Bello, que registra las transcripciones de sus programas televisivos matutinos de opinión política, como material importante

---

<sup>3</sup> Existen dos colecciones importantes para el estudio de las ideas políticas en Venezuela, ambas editadas por el Congreso de la República bajo la coordinación, entre otros, del expresidente Ramón J. Velásquez: la del pensamiento político del siglo XIX (publicada en 1961) que cubre desde la República de Colombia hasta los inicios de la hegemonía andina; y la de pensamiento político del siglo XX (publicada entre 1984 y 1994) cuyas cuatro decenas de volúmenes detienen su antología en 1952 en toda su riqueza ideológica, mostrando la complejización del debate político durante la modernización nacional. La segunda mitad del siglo XX, recopilada en antologías cortas como los de Suárez Figueroa (1977) o Avelledo Coll (2014), no ha logrado ser desplegada aún con la misma amplitud. Existen, sin embargo, las notorias colecciones de pensamiento de los presidentes Rómulo Betancourt y Rafael Caldera, algunas de las cuales serán utilizadas en este trabajo.



de estudio para este tiempo.

Esta revisión la hemos concentrado en la extracción de argumentos sobre algunos problemas fundamentales: la validez o no de la democracia representativa como sistema, el rol de los partidos políticos -notoriamente Acción Democrática y Copei- como triunfadores electorales y responsables de dicho sistema, las capacidades administrativas en el gobierno de dichos partidos, y la relación de los mismos con la población. Al extraerlos desde corrientes ideológicas opuestas entre sí, pero también opuestas al centro del sistema, era probable encontrar solapamientos argumentales, así como diferencias de criterio en torno a las carencias del sistema (p.e., la relación entre los partidos y los sectores económicos dominantes).

Desde las derechas, se han seleccionado figuras partidarias de la república aristocrática hasta 1945 (Arturo Uslar Pietri<sup>4</sup>), del régimen militar entre 1948 y 1958 (Marcos Pérez Jiménez<sup>5</sup> y Pedro Estrada<sup>6</sup>), y de las nuevas generaciones

---

<sup>4</sup> Arturo Uslar Pietri (1906-2001) fue un escritor, intelectual y político venezolano. Funcionario eminente y operador político del gobierno del general Isaías Medina Angarita y su Partido Democrático Venezolano, que sería derrocado por alianza del Ejército Nacional y Acción Democrática en 1945. Ante la restauración democrática de 1958, trató de coaligar a independientes desafectos a Acción Democrática y Copei desde sectores positivistas, liberales y laicos en el Frente Nacional Democrático, siendo Senador durante los primeros tres períodos constitucionales de esta etapa, y candidato presidencial en 1963. Retirado formalmente de la vida política en 1974, será embajador de Venezuela en diversas misiones diplomáticas, e invitado recurrente a programas de opinión política hasta su fallecimiento.

<sup>5</sup> Marcos Pérez Jiménez (1914-2001) fue militar y político venezolano, líder operacional de los golpes de Estado de 1945 y 1948, miembro de las Juntas Provisorias hasta 1952, y presidente de la república entre ese año y 1958, en un régimen caracterizado por la represión política y el desarrollo de espectacular infraestructura en la capital. Derrocado ese año, y huido a República Dominicana y EEUU, este último país lo extraditó a Venezuela en la década de los sesenta, donde cumpliría condena penal por peculado y sería inhabilitado para competir electoralmente (tras ser electo senador por el Distrito Federal en 1968). Pasaría sus últimas tres décadas exilado en España, desde donde sería frecuentemente consultado por la prensa y visitado por figuras políticas venezolanas.

<sup>6</sup> Pedro Estrada (1906-1989) fue policía político desde la década de 1930 en sucesivos regímenes, organizando la represión contra la subversión de izquierda marxista-leninista. Fue director de la Cárcel Modelo de Caracas en los años cuarenta, agregado de seguridad ante la embajada de Venezuela en Washington, director de la Seguridad Nacional, policía política y de investigaciones del régimen militar entre 1951 y 1957, durante el cual su uso de métodos extremos de interrogación y confinamiento le valieron el mote del “Chacal de Güiría”. Vivió hasta su muerte exilado princi-

tecnocráticas y neoliberales del período en cuestión (Pedro R. Tinoco<sup>7</sup>, José Antonio Gil Yépes<sup>8</sup> y Marcel Granier<sup>9</sup>), de influencia notoria en el auge neoliberal en la política venezolana durante la década de los noventa. Desde las izquierdas, hemos seleccionado referencias de políticos como Domingo Alberto Rangel<sup>10</sup>,

---

palmente en Francia.

**7** Pedro R. Tinoco (1927-1993), abogado y banquero venezolano. Fue Ministro de Hacienda durante el primer gobierno del presidente Rafael Caldera (1969-1974), con la misión de adelantar la modernización de la administración pública venezolana, y presidente del Banco Central de Venezuela durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989-1993), caracterizado por sus reformas neoliberales, falleciendo en el contexto de la crisis financiera de esa década, que comenzó con la caída de su propio banco, el Banco Latino. Fue candidato presidencial por el Movimiento Desarrollista en 1973, en una campaña famosa por los escasos retornos en votos dada su inversión en publicidad.

**8** José Antonio Gil Yépes (1945), sociólogo, académico y encuestador venezolano, doctorado de la Universidad de Northwestern en los Estados Unidos, y profesor del Instituto de Estudios Superiores en Administración (*IESA*) hasta la década de los noventa. Aunque nunca ha estado vinculado formalmente con un partido político, Gil Yépes perteneció al grupo de opinión pro-libre mercado Roraima en la década de los ochenta. Es fundador y desde entonces uno de los directivos de la firma de consultoría *Datanálisis*.

**9** Marcel Granier (1941), abogado y empresario venezolano, fue durante décadas directivo de uno de los grupos de medios de comunicación más importantes de Venezuela, las empresas 1BC (por *First Broadcasting Caracas*, la primera emisora radial privada del país). Miembro del grupo Roraima, influyente *think-tank* neoliberal, fue además ancla por tres décadas del programa de opinión política *Primer Plano* en *Radio Caracas Televisión*.

**10** Domingo Alberto Rangel (1923-2012), político y escritor venezolano, dirigente de las juventudes de Acción Democrática durante la década de los cuarenta, y parlamentario por ese partido electo en 1947, 1948 y 1958. A partir de 1959 lidera desde el congreso la fracción de izquierda de Acción Democrática que se dividirá de ese partido hasta formar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, apodado “Termocefálico” y “Jurunga-Muertos” por su radicalismo político, que vendrá en los movimientos de lucha armada. Tras la derrota de los movimientos guerrilleros, Rangel será un prolífico escritor político, histórico y de ficción hasta su fallecimiento, identificándose en sus últimos años con corrientes anarquistas.

Douglas Bravo<sup>11</sup>, Pedro Duno<sup>12</sup>, y José Rafael Núñez Tenorio<sup>13</sup>, representativos de facciones minoritarias dentro de la izquierda en esas décadas, pero cuya influencia en la llamada revolución bolivariana liderada por Hugo Chávez Frías será determinante. Hemos excluido de este estudio, por una parte, las críticas académicas al sistema -de sociólogos, politólogos y abogados (como los de SilvaMichelena, 1971; Bonilla, 1972; Brewer-Carías, 1988)-, que merecen un trato aparte por su estructura de explicación y legitimación, y que de todos modos suelen tener eco en otros estudios académicos.

### *Lealtad, deslealtad y reacción*

La importancia del análisis del pensamiento político de los sectores contrarios a los sectores dominantes del sistema democrático venezolano, radica para

---

**11** Douglas Bravo (1932), dirigente político y líder guerrillero venezolano. Parte de las Juventudes Comunistas en las décadas de 1940 y 1950, será de la nueva guardia que impulsará la estrategia de la subversión armada en el seno del Partido Comunista Venezolano y uno de los comandantes de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional hasta los años setentas, rompiendo eventualmente con la pacificación de las izquierdas, y liderando una de las alas política del movimiento guerrillero: el Partido Revolucionario Venezolano-Ruptura. La línea estratégica del PRV sería la penetración en los cuadros militares durante los setentas y ochentas, que dieron lugar a las logias militares fundacionales del movimiento revolucionario bolivariano en los noventas. Bravo ha permanecido crítico de la gestión del régimen fundado por Hugo Chávez.

**12** Pedro Duno (¿?-1998) fue guerrillero, escritor y académico venezolano. En su actividad política se formó en el Partido Comunista Venezolano, y estuvo exilado en México durante la dictadura militar. Participó en el alzamiento contra la base naval de Carúpano en 1962, y fue cuadro activo del frente guerrillero Simón Bolívar en el Estado Lara. En varios exilios, fue crítico del proceso de pacificación guerrillera, incorporándose como profesor en las escuelas de Filosofía y Comunicación Social de la Universidad Central entre los años setentas y noventas. Su libro, “Los Doce Apóstoles”, por la camarilla de influencia empresarial en el entorno del primer mandato del presidente Carlos Andrés Pérez (1974-1979) entró en la jerga política venezolana de esas décadas. Fue promotor en Venezuela de la democracia árabe socialista de Muamar el Gadafi, y miembro fundador del Movimiento Quinta República, liderado por Hugo Chávez.

**13** José Rafael Núñez Tenorio (1933-1998) fue guerrillero, escritor y académico venezolano. Militante del Partido Comunista Venezolano entre los años cincuenta y sesenta, padeció de encarcelamiento durante el régimen militar y los primeros años del régimen democrático como consecuencia de sus actividades de subversión política. Fue un prolífico en las áreas de filosofía de la praxis y epistemología, así como formador político dentro de la extrema izquierda. Vinculado durante décadas a la promoción de la idea Juche de Corea del Norte en el país, fundaría junto a Hugo Chávez el Movimiento Quinta República en 1997, del cual fue electo senador en 1998.

nosotros -políticamente- en el efecto cualitativo de sus argumentos, e -históricamente- en la estructura retórica de sus proposiciones. En ese sentido, políticamente, se trataría de argumentos que a la vez significaban la existencia de un sector suficientemente saliente en los espacios de opinión pública convencionales que denostaba a los actores principales del sistema y, por extensión, se mostraban al menos ambivalentes -cuando no abiertamente hostiles- ante los fundamentos axiológicos del mismo: la soberanía popular como basamento de la soberanía ascendente de los partidos políticos reformistas. Históricamente, se trataría de un discurso de reacción -ya por exceso, ya por defecto- del proyecto democrático reformista instaurado a partir de 1958, entendiendo tal proyecto como la promoción de transformaciones socioeconómicas de carácter redistributivo, sobre la base de la voluntad popular, sin medidas de ruptura entre las élites (Rey, 1972; Urbaneja, 1995) que, aunque tildados como mera democracia “reformista” por sus críticos desde la izquierda, se trataba en efecto de la consolidación de una forma revolucionaria de acceso y mantenimiento del poder a favor de las masas -y sus representantes- en un país previamente acostumbrado al tutelaje caudillesco, oligárquico o militar (Carrera Damas, 1998; Aveledo Coll, 2014).

### *Oposición leal, desleal y semileal*

La teoría en torno a las crisis de las democracias refleja que el fin de la tolerancia mutua entre bloques de poder es clave en el quiebre de su dominio y el paso a regímenes alternativos. La expectativa es que, así como existe una tolerancia hacia la oposición en los regímenes democráticos, esta oposición participe del sistema de manera leal, esto es -según Linz- que reconozca las reglas de juego electorales y competitivas como legítimas no sólo cuando le convenga políticamente o cuando se vea forzado a ello. Para ser más explícito, Linz establece un decálogo de características para esta “oposición leal”: 1) un compromiso público e inequívoco en llegar al poder electoralmente, y entregar el poder ante resultados adversos; 2) una condena clara e incondicional al uso de medios violentos (salvo para enfrentarse a intentos ilegales de tomar el poder); 3) el rechazo a toda apelación a las fuerzas armadas como árbitros supra-políticos; 4) el rechazo a la retórica de la violencia; 5) un compromiso

a participar incondicionalmente en el proceso político-electoral, asumiendo la garantía de libertades civiles concomitantes a la elección; 6) una disposición a asumir la responsabilidad de gobernar o de colaborar con el gobierno cuando fuese necesario; 7) el reconocimiento y el compromiso de colaborar con grupos ideológicamente distintos pero similarmente leales al sistema democrático; 8) el rechazo a contactos secretos con la oposición desleal a cambio de apoyos, si estos son ofrecidos a cambio de tolerancia para actividades antidemocráticas; 9) la disposición a denunciar las actividades de la oposición desleal; y 10) un compromiso para definir, donde existan, límites estrictos a poderes fácticos, tradicionales o “neutrales”, para evitar que mediaticen el proceso político (Linz, 1987:70-71).

Por su parte, la oposición desleal -existente en todos los sistemas políticos- es aquella que abiertamente cuestiona la legitimidad del sistema, sus reglas, y su sustitución por un régimen distinto -ya para suplantarlo la democracia representativa, ya para “profundizarla”-, y que se permiten apelar o actuar por medio de mecanismos violentos, por cuanto se autodefinen como víctimas de la persecución de dichos sistemas. Naturalmente, un sistema político democrático puede adaptarse ante las demandas de esa oposición -de considerarlas legítimas-, o apuntar directamente a la sumisión de esos sectores neutralizándolos por medio de normas, incentivos o el uso de la fuerza, más aún si esta no cuenta con apoyo popular masivo, por lo cual son generalmente poco importantes salvo en momentos de crisis terminal (Ibíd., 57-58). Es entonces más delicada la existencia de una oposición semileal, de actores y partidos ya ubicados dentro del sistema, que manifiestan una elástica ambigüedad no sólo hacia el sistema, sino hacia las aspiraciones y medios de actores desleales. A decir de Linz, su posición dentro de un sistema político y la debilidad estructural de una oposición desleal dentro de la democracia

... dan a la oposición semileal un papel decisivo en el proceso de pérdida de poder de los regímenes democráticos y en la ejecución de un proceso de toma de poder semi o pseudo legal... La frontera entre lealtad y lealtad ambivalente o condicional no es fácil de establecer, especialmente debido a que el proceso democrático trata de incorporar al sistema a los que están fuera de él como oposición leal y participante... La ambigüedad en estos compromisos es evidencia *prima facie* de semilealtad... (Linz, 1987: 58-61)

Es esencial considerar, como muestra de esta lealtad ambigua, cómo la oposición semileal encuentra con frecuencia motivos para excusar, tolerar e incluso animar las conductas desleales como causadas por carencias del sistema político, como advertencias dramáticas de los problemas que avizoran, aún si no son partícipes de las mismas (Ibíd., 65). Políticamente, la influencia ideológica de la oposición semileal se evidencia dramáticamente en momentos en que el reto a los fundamentos del sistema es más poderoso, al legitimar directa o indirectamente rutas antidemocráticas de acceso al poder, y al comprometer las acciones de los actores dominantes del sistema en su autodefensa.

¿Cuáles son las causas de esta ambigüedad? Salamanca (1992) ha sugerido para el caso venezolano -refiriéndose a las manifestaciones violentas de la crisis de legitimidad democrática en el país- se trata de agendas históricas no resueltas. Desde esa perspectiva, la orientación desleal o semileal de los actores críticos seleccionados corresponde a una miríada de hechos políticos convulsos sobre los cuales se fue apuntalando la hegemonía política de los partidos reformistas venezolanos y el sistema con ellos apuntalado: la emergencia de la democracia de masas y los medios modernos de campaña electoral; el establecimiento del Estado Social de Derecho y su expansión asistencialista; el fin del intento de predominio político de las Fuerzas Armadas; y la derrota militar y pacificación política de los movimientos revolucionarios de izquierda marxista-leninista.

### *Retórica de la reacción*

Hemos dicho que, históricamente, el sistema democrático venezolano, pese a su talante directamente reformista, se trataba de una aspiración de transformación revolucionaria de la sociedad venezolana. Esto implica para nuestro análisis que podemos contrastar los tratamientos contrarios a sus elementos fundacionales, ya de izquierdas o de derechas, se formularan dentro de lo que Albert O. Hirschman ha llamado como “retórica de la reacción”, en la cual los cambios de políticas públicas potenciales o actuales son enfrentados con diversas “tesis”:

a. La tesis de la perversidad, de acuerdo a la cual los cambios planteados, en lugar de promover mejoras, empeorarán el orden previamente existente o exacerbarán los problemas que pretendían resolver. Por lo tanto, quedarán inva-

lidadas por sus resultados adversos;

b. La tesis de la futilidad, la cual sostiene que todo intento de transformación social no podrá hacer mella ante estructuras inveteradas e inamovibles. Por lo cual quedarán invalidadas por su falta de resultados; y

c. La tesis del riesgo, según la cual los cambios, aunque deseables en sí mismos, posiblemente sean demasiado costosos o pongan en riesgo logros ya pretendidamente alcanzados. Por tanto, los cambios quedarían invalidados por los costes de oportunidad. (Hirschman, 1991: 7, 11-121)

En este sentido, podríamos encuadrar tres tesis-generales dentro de las narrativas críticas contra la democracia de partidos y su ánimo redistribuidor desde el Estado social de derecho en estas : a) la perversidad de la democracia venezolana, según la cual si el propósito de la misma era erradicar la discrecionalidad, la violencia y la corrupción, sólo lograría empeorar estos males; b) la futilidad de la democracia venezolana, según la cual si el propósito era lograr un gobierno responsable ante la población por medio de mecanismos representativos, no podrá hacer mella por una tradición autoritaria, paternalista o de estructura capitalista; y c) el riesgo de la democracia venezolana, según la cual los costos de la apertura significarán, ya el abandono de experimentos políticos evolutivos hacia una verdadera democratización, ya el desprestigio de los avances electorales y el establecimiento de la apatía política.

Asumiendo que esta categorización no está exenta de valoraciones -Hirschman aclara que se trata de una posición retórica normal en las dinámicas de la opinión pública, y que no pretende usarla de modo vituperoso (Ibíd., 8-10)-, recordamos lo planteado por el politólogo venezolano Juan Carlos Rey, cuando planteó la posibilidad de estrategias contrarias a los dos elementos fundamentales del sistema democrático venezolano: los partidos políticos -como agentes de cambio de la “democracia política”- y el Estado de bienestar -como medio de esa transformación “económica y social”-:

... los partidos políticos deben jugar un papel fundamental en el proceso de agregación de demandas populares y como intermediarios entre la sociedad y el Estado. En las circunstancias de la Venezuela de hoy el ‘anti-estatismo’ y el ‘anti-partidismo’ son profundamente reaccionarios y lejos de

contribuir al desarrollo de la democracia, contribuirían a la involución. (Rey, 1989:311)

### *El auge de la Democracia Representativa Venezolana*

El sistema político democrático venezolano fue descrito de manera influyente por Juan Carlos Rey en 1972 como un sistema populista de conciliación de élites, lo cual combinaba elemento radicalmente democrático (la apelación al principio populista, o la soberanía del pueblo) y moderadores (la conciliación entre élites). Ostensiblemente, AD y Copei habían logrado establecer -gobernando en coalición, en solitario, y desde respectivas oposiciones-, una dinámica de “transacciones y acuerdos” y mutua aceptación como rivales legítimos (Rey, 1972:228), por medio de acuerdos *ad hoc* que no negaban la polarización entre ambos, y que se proyectaban hacia otros partidos -de ser necesario- y otros sectores sociales relevantes (Fuerzas Armadas, Iglesia Católica, para la estabilidad del sistema (Stambouli, 2002; Urbaneja, 2009: 13-15; Aveledo Orozco, 2008).

Este sistema tenía, en la dirección del Estado orientada por los dos grandes partidos nacionales, un marcado acento asistencialista y estatista, aún hacia la promoción de la sociedad y la empresa privada, pero descansado en una vigorosa acción estatal: por una parte, en la realización de la reforma agraria, la expansión masiva de la educación, vivienda y del sistema de seguridad social y la promoción de la salud pública; y por otra, el fomento de industrias estratégicas básicas que sirvieran de acicate a una industria más aplicada, la industrialización por sustitución de importaciones, la política de subsidios y créditos estatales hacia el sector privado, y la propagación de infraestructura (electrificación, medios de transporte y comunicaciones, zonas industriales, etc.) sobre la cual funcionara todo este arreglo. El proyecto político explícito nos recordaba que “el pueblo tenía el gobierno que el pueblo se había dado”, lo que implicaba el apoyo generalizado a la voluntad del electorado, pero también, y en aras de una visión policlasista y no conflictual de la democracia, que los intereses organizados (gremios, patronales, sindicatos, grupos de interés, etc.) tenían que decir corporativamente en ese arreglo. Todo esto en una visión de desarrollo enmarcada en el modelo noratlántico de sociedades urbanas tecnificadas y modernas (Lombardi, 1985:241-268)



Los protagonistas de este empeño eran, no inevitablemente, los partidos dominantes. No en balde AD y Copei concitaban conjuntamente, aún en su momento más bajo de respaldo electoral entre 1958 y 1988), más de la mitad de los sufragios (y, en promedio, alrededor de las tres cuartas partes). Mientras tanto, los rivales electorales de ambos partidos perdían competitividad propia, desapareciendo del mapa electoral, plegándose en alianzas con los dominantes, o representando fracciones reconocidas de las minorías. Cabe añadir que la abstención electoral era significativamente menor a la de otras democracias Occidentales, y que sólo pasó del diez por ciento en su última década de auge, aunque esta abstención afectaba el conjunto de los votos minoritarios. Por ello podía uno de sus líderes, Rómulo Betancourt, señalar a finales de la década de los setenta:

¿Por qué he formulado este llamamiento de acuerdo parlamentario sólo al Partido Copei? ¿Es que dejo de atender a las normas no escritas del pluralismo democrático? Voy a razonar mi actitud de manera clara, sin esguinces. Me dirijo a Copei exclusivamente porque entre Copei y Acción Democrática capitalizan el 85% del electorado. Existe una polarización de esas dos fuerzas políticas en Venezuela, no determinada por mandato legal ni por argucia ventajista. El electorado, el pueblo sufragante, ha depositado sus votos y su confianza en esos dos Partidos. Dentro del 15% de votos que sobran, unos corresponden a grupos sinceros en su adhesión a la democracia. De los mayoritarios dentro de esa minoría, no puede decirse seriamente lo mismo... (Discurso ante la convención extraordinaria de AD (agosto de 1977), en Betancourt y Suárez Figueroa, 2006:439-441)

Los elementos de ese remanente electoral y no electoral, cifraban su adhesión al sistema de manera variable, o al menos esa era la impresión de Betancourt (referida explícitamente hacia las izquierdas). Salvo los intentos de Arturo Uslar en 1963 y 1968, no había un partido orgánico de derechas en Venezuela; los partidos desarrollistas y de independientes habían tenido magros retornos electorales. Las distintas voces que reclamaban para sí la bandera del perezjimenismo y evocaban los logros del régimen militar, se habían fraccionado tras el fenómeno de los resultados de 1968 y la posterior inhabilitación al general Pérez Jiménez con la primera enmienda a la Constitución de 1961. Por su parte, la izquierda marxista-leninista, cuyo prestigio antidictatorial no se traducían en resultados electorales fuertes, ya antes o después de la experiencia guerrillera, período tras el cual esta

debilidad se reforzaría por sus múltiples divisiones ideológicas y personales. En buena medida, su fracaso electoral les dificultaba también el acceso a los recursos materiales y humanos de las contiendas electorales modernas -con sus campañas costosas, altamente tecnificadas y de gran despliegue (Torres, 1980; Stambouli, 1980)-, lo cual era reforzado por el ciclo de polarización bipartidista.

No se trata aquí de negar los fenómenos que rodearon el declinar del sistema, descritos ampliamente en la literatura. Lo que se pretende es establecer que la actitud de los críticos respondía a una visión ideológica previa, a una especie de “profecía autocumplida” que, en tanto implicaba un juicio de valor crítico de entrada, coloreaba todo desarrollo posterior como realización de ese mismo juicio.

### *Los profetas del desastre*

El argumento central de los sectores críticamente descontentos con el sistema es que este es incorregible, o que la severidad de las reformas que requeriría para su funcionamiento implicaría, si no el desmontaje de ciertas reglas, una transformación profunda de los actores involucrados en su toma de decisiones. Dramáticamente, el protagonismo y la identificación de AD y Copei como alternativas mutuamente reconocidas, sumado a su éxito electoral, implicaba casi una identidad de estos partidos con el sistema democrático en general. Su predominio los había hecho irremplazables en los parámetros del sistema. Si el sistema cambiaba, debía cambiar sin ellos. Al momento de auge del sistema con todo lo que ello significaba, ambos partidos habían tenido experiencia gubernativa. Ambos, pues, eran tan positivos o negativos como dictara la evaluación de su experiencia. Si ese sistema, identificado con ellos, debía enfrentar una latencia en contra de sus parámetros, esta no apareció solamente en la eventual etapa de crisis, sino justamente en el momento de su mayor éxito.

Las “Casandras de mala o de buena fe” -como llamó el presidente Betancourt a quienes vaticinaban su caída- hacían uso notorio de las libertades de expresión que el régimen constitucional, y la derrota de la Lucha Armada, permitía. Eran entrevistados en los numerosos programas de opinión política (en proporción

que con frecuencia iba más allá de su representatividad parlamentaria o electoral), y sus argumentos eran parte de la prensa. Revistas como *RESUMEN*, *La Verdad*, *Punto*, *Semana Confidencial*, *Bohemia*, *Orientación Económica*; semanarios humorísticos como *Coromotico* o *El Sádico Ilustrado*, diarios con trayectoria y gran circulación, y nuevos diarios como el “Diario de Caracas”, contaban no sólo con el periodismo de investigación, y denuncia natural a un sistema democrático, sino con voces de opinión y sátira con frecuencia contrarias al sistema.

Como en ninguna otra época gozaban de prestigio y popularidad los *best-sellers* políticos, en medio de la literatura política libremente disponible para la época. Eran notables las publicaciones de las editoriales Fuentes, Vadell Hermanos, Centauro, Ateneo de Caracas, Cadena Capriles, Bloque De Armas, Publicaciones Seleven, y las oficinas de publicaciones de las grandes Universidades nacionales, que en ocasiones llegaban a contar directa o indirectamente con importantes subsidios estatales. Colecciones como las entrevistas del historiador Agustín Blanco Muñoz y sus testimonios sobre la “Venezuela Violenta” (que recogía voces de dirigentes guerrilleros y funcionarios del régimen militar), y las conversaciones con el periodista Alfredo Peña, típicamente concentradas en el mundo variado de las izquierdas, alcanzaban numerosas ediciones, aún si hubo situaciones puntuales de censura, e incluso de presión extraoficial. Así mismo, pese a existir editoriales de los varios poderes públicos, las mismas no contaban con el mismo alarde de distribución, ni eran exclusivas de los partidos dominantes.

### *Los profetas de las izquierdas*

La izquierda marxista-leninista venezolana, luego de estar concentrada en el Partido Comunista Venezolano durante décadas, inició un proceso de fragmentación en los tardíos sesentas. Esta fragmentación correspondía tanto a dinámicas globales (el conflicto Sino-Soviético, el énfasis de experiencias socialistas “heterodoxas” y con relativa autonomía (como Albania, Yugoslavia), la emergencia de los socialismos del “Tercer Mundo” y anti coloniales, la experiencia crítica de los partidos comunistas en las democracias de Occidente, el marxismo académico, el socialismo latinoamericano y sus casos (Cuba, Chile, Nicaragua...), etc.), y locales (especialmente la relación de los partidos con el

sistema político luego de la Pacificación, la integración electoral, el abandono -o no- de las tácticas foquistas y terroristas, etc.).

Entre 1973 y 1988, la izquierda sumó en conjunto poco menos de 10% del electorado, y el Partido Comunista Venezolano y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria -los dos grandes partidos revolucionarios de los sesentas, se dividirían en numerosas organizaciones. Algunas como el Movimiento al Socialismo, liderado entre otros por Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, crecientemente moderada, coparán la mayor parte de los espacios institucionales -burocráticos, parlamentarios, académicos- cedidos en el suero conciliador, absorbiendo una fracción de MIR, y acompañado de otros partidos de ese espectro, como el Movimiento Electoral del Pueblo (cuya relevancia ori. Otras, como el Partido Revolucionario Venezolano- Ruptura, la Liga Socialista, el Grupo de Acción Revolucionaria, Bandera Roja y Vanguardia, serán minúsculos a los ojos del sistema, pero importante en acciones de subversión y protesta, así como con espacios notables en el mundo universitario (Martínez, 1980; Ellner, 1988).

Pese a este fraccionamiento, un elemento esencial de la crítica de las izquierdas marxistas leninistas es el de catalogar al régimen democrático representativo como, en el mejor de los casos, un estrecho acomodo entre las clases capitalistas y los partidos políticos, y en el peor de los casos, una dictadura de clase vinculada a sectores imperialistas y coloniales. Como fuese, todos los mecanismos de dominio de clase, explotación y alienación dentro de las usuales categorías marxistas clásicas y nuevas, son aplicados en diversos textos que provienen de todas las corrientes, moderadas e irredentas. Libros como “Los Mercaderes del Voto”, “La Oligarquía del Dinero”, “Los Doce Apóstoles”, “Los Peces Gordos” y “Fin de Fiesta”, entre otros, no escatimaban en datos de vinculación entre la política venezolana y el capital. El que la estructura económica nacional estuviese vinculada estrechamente, como exportadora de petróleo y consumidora, aún desde una perspectiva subdesarrollada, sólo reforzaba esta relación. Como resumía Núñez Tenorio:

Los problemas populares terminan por arropar la demagogia del régimen. Pretenden su justificación histórica con reformas que palién los ingentes problemas que doblegan a las masas populares... Son los mismos objetivos de expoliación y sojuzgamiento, de explotación y oprobio, pero bajo un guante

de piel más suave, aterciopelada. Es el ensamblamiento del reformismo pequeñoburgués y los intereses neocoloniales, diferente a la estrategia que une al Pentágono imperialista con las dictaduras militares reaccionarias... Esta dictadura opresiva pretende cubrirse con el manto “democrático”, pero día tras día muestra su verdadera naturaleza represiva, sanguinaria, inescrupulosa, de persecución torturas y asesinatos, como jamás antes se habían visto en nuestra historia, aún con los peores regímenes dictatoriales. Es el mismo juego dialéctico dual: la violencia contrarrevolucionaria y la demagogia democrática, combinadas una y otra vez, para reprimir y sojuzgar a nuestros pueblos. Gobierno e imperialismo yanqui en maridaje expoliador y opresivo... El pueblo se ve como abominado, ahogado ante tanta inmundicia, más horripilante que la material en la cual sobrevive con su miseria. Pero la acción del estupro no descansa... (Núñez Tenorio, 1969: 89-91)

En esas circunstancias, un “pueblo colonizado como el nuestro no puede disfrutar de libertad alguna, de justicia alguna: ni política, ni económica, ni social, ni cultural” (Ibíd., 131). Si este sistema es así percibido, la violencia contra la democracia estuvo justificada en última instancia. Era frecuente el debate dentro de la propia izquierda no sólo sobre su autenticidad, sino además sobre el carácter de la violencia guerrillera de los años sesenta. La democracia nunca fue un sistema legítimo, y pese a la promesa de 1958, sólo fue deslegitimándose más y más. El guerrillero Douglas Bravo expresaba a Peña, en 1978:

en Venezuela existe actualmente... una democracia burguesa militarizada. Se conceden algunas libertades para determinados núcleos sociales. La voluminosa renta petrolera permite una manipulación política, económica y social de ciertos sectores de la población. Pero la inmensa mayoría de los trabajadores está sometida a un proceso de anulación de sus derechos. En la prensa aparecen con frecuencia quejas sobre la represión... Desde 1959 se ha ido reduciendo cada vez más la participación democrática del pueblo. (Bravo y Peña, 1978:166-167)

El modo más grosero y burdo de esta explotación es la camaradería entre los diversos rivales políticos, y a su vez su contacto de manera dependiente con sectores económicos explotadores y acumuladores. Esta conciliación sirve de signo evidente de una ausencia de conflicto entre élites, por cuanto comparten los mismos intereses de clase: la burguesía deja la ejecución de la tarea del Estado

a AD y Copei, mientras se reserva el manejo económico de la nación a través de cotos exclusivo a grupos económicos como “el Ministerio de Hacienda, la Presidencia del Banco Central y la Presidencia de la Corporación Venezolana de Fomento” (Rangel, 1971:386).

Para la izquierda marxista, la democracia es la democracia revolucionaria (a cuál no necesariamente incluye a todos los países del “socialismo real”), lo que presupone la erradicación de las diferencias de clase. La democracia burguesa es un sistema no democrático y, siendo algunos de los fundadores de la democracia de partidos venezolana antiguos socialistas, es también consecuencia de una traición especialmente mendaz. Los partidos del sistema se encuentran desideologizados porque, en lugar de sostener sus propias consignas y programas, están atados a gerenciar, con más o menos eficacia, con más o menos popularidad, la cara pública del modo social capitalista. La eficiencia es irrelevante en un sistema que en sí mismo dispendioso y desigual, aunque sí se hace notar la diferencia en ese patrón con respecto al capitalismo de los países centrales. La experiencia del capitalismo criollo es a lo más, incompleta, chucuta, periférica. No es que el capitalismo no sea ideológico en sí mismo, sino que los partidos habrían abandonado su propósito de reformarlo.

En la medida en que Venezuela reproduce las estructuras de una sociedad clasista, hay oportunidades de enfrentamiento revolucionario, pero la abundancia de recursos petroleros mella la integridad de la población popular y su conciencia de clase, mientras que las vanguardias conscientes sufren de represión. Toda la especificidad ideológica que alguna vez caracterizó a estos partidos como agentes de grupos sociales concretos, llegó a disolverse en aras de la bastardización de lo electoral en el voto y las campañas modernas, así como también en la ausencia de críticas sustantivas entre los partidos, que sobreponen sus intereses políticos a la seguridad de contar con la continuidad de un sistema de contratos, patronazgo y control. Rangel lo expresó de este modo:

En Venezuela, el entronizamiento del capitalismo dependiente como modo de producción ha terminado por integrar en un solo cuerpo a los partidos que hace veinte años aparecían como irreductibles portavoces del antagonismo... En los años [de la dictadura militar] los profesionales que militaban en diferentes bandos y que hasta 1945 habían alimentado una voraz pugnacidad, tuvieron oportunidad de hacer negocios

en conjunto... Pero, más allá de todo eso, la burguesía se convirtió en la clase dirigente de la sociedad venezolana... Cuando viene el 23 de enero, los hombres de los partidos ya tenían negocios comunes entre sí y por encima de ellos estaba el poder de la burguesía. Con intereses iguales y con una clase social extraordinariamente fortalecida, que dominaba todos los resortes de la vida nacional, la pugnacidad de los partidos comienza a apagarse... Los dirigentes de los distintos partidos sospechan la existencia de vínculos materiales que los aproximan y reconocen la superioridad de una burguesía que, si fuere acatada, otorgaría privilegios... La integración es la ley de los partidos en nuestro país. Discrepar y pugnar entre ellos es asunto pedagógico y fugaz... Esta explotación conjunta de las posibilidades que ofrece el Estado tiene un símbolo aplastante [; los contratos del Estado en obras públicas]... Votar por AD o por Copei sólo significa alterar las funciones de ese esquema en virtud del cual el que gane entre ellos tiene el MOP y compensa al otro con opulentos contratos... El partido cuyo voto sea necesario para que se aprueben los empréstitos siempre exigirá que aquellas obras le sean asignadas, en proporción codigna, a compañías donde influyan sus hombres... La élite política de los partidos... es plenamente solidaria entre sí. El sistema democrático funciona como una comandita simple. Un partido, el que triunfa en los comicios, hace el papel de socio principal. Los otros son los socios comanditarios. (Rangel, 1973:45-48).

En esta “comandita electoral”, caracterizada por ser un “carnaval electoral” desideologizado, se revela la estructura real de la elección en Venezuela: un concurso de sectores de élite, donde el sistema es una farsa postrada en “un círculo vicioso: manipulación dinero-soborno-peculado-manipulación-voto-dinero-etc. El círculo del vicio es ya esencial al sistema partidista venezolano” (Duno, 1975: 176). Para la izquierda marxista, incluso el éxito electoral de los partidos es evidencia de su corrupción intrínseca: el votante venezolano, esencialmente “elector” pero no deliberante, está alienado de la toma de decisiones, pero cree que su voluntad se refleja en los resultados electorales. La ironía de esto es que no logra ver cómo se trata de un resultado predeterminado, donde la competencia está establecida por medios técnicos que harían palidecer a torneos aún más honestos -pese a la perturbación populista-, y que están condicionados por la intervención del capital. Por un lado, el resultado electoral depende de un abultado gasto público (“¿Austeridad? Significaría la pérdida de las elecciones. En Venezuela los gobiernos se defienden a realazos”. (Rangel, 1982:175), y por otro,

así como el capital invierte sumas ingentes de dinero en publicitar sus productos, así -a la usanza de la crítica de los estudios de comunicación norteamericanos al giro mercadotécnico de las campañas electorales de ese país- en Venezuela los partidos son también manufacturados y controlados por la burguesía, que a su vez controla los medios de comunicación masiva:

Las elecciones de los países occidentales -entre ellos nuestra Venezuela- son ante todo certámenes en los cuales es necesario invertir fabulosas sumas de dinero... El partido que no pueda reunirlos resultará derrotado. En las sociedades capitalistas la dictadura de los millones, palanca exclusiva de orientación y ábrete sésamo de todos los éxitos, será más imperativa a medida que el tiempo traiga instrumentos de mayor perfección alienante. Las campañas electorales del futuro sólo podrán librarse entre maquinarias cuyo combustible sea el dinero contado en proporciones de ocho y nueve cifras. La democracia tenderá a trasladarse... de la plaza pública a las pantallas de televisión... Los dineros del capital privado van, casi exclusivamente, a Acción Democrática y Copei que son sus dos partidos. Adecos y Copeyanos han llegado a ser los partidos que necesitaba la Burguesía para dirigir al Estado. La preferencia por ellos... se explica por una identificación de clase... Sólo los partidos que como AD y Copei merecen el favor de la burguesía, puede soportar los gastos de una campaña y riman, además, con la idiosincrasia dentro de la cual se inscribe hoy el país. Estamos en la época de la alienación electrónica y del mito del consumo. La sociedad unidimensional en la cual vivimos tiende a integrar en sus patrones de consumo, en sus gustos y sus tendencias a todos los seres que la forma... El hombre unidimensional que el capitalismo incuba entre nosotros orienta sus pasos alternativamente hacia AD o hacia Copei (Rangel, 1973: 64-69)

Este elemento encaja con otro fenómeno denunciado con insistencia: el liderazgo de los partidos es, en sus cuadros de cierta relevancia, envejecido y anticuado en sus modos de comprender y afectar la realidad, y en sus cuadros emergentes, una colección de corruptos y mediocres “mercaderes del voto”. Pero la causa era más que moral: se trataba de unos cuadros escasamente preparados para competir frente al electorado, y que además concitaban el rechazo incluso de las clases medias en ascenso. Por su capacidad técnica, por las carreras que ofrecía el capitalismo, por el estatus que aseguraba, los jóvenes profesionales más aventajados rechazaban la carrera política, lo que garantizaba la dependencia de



los cuadros más jóvenes al empuje de los jefes. Rangel, quien había liderado la desbandada de toda una generación de relevo en Acción Democrática hacia la irrelevancia electoral en los años sesenta, hacía constante énfasis en la situación de los partidos exitosos pero fallidos, y resaltaba este fenómeno:

Desde el punto de vista intelectual la élite dirigente de los partidos es de una convincente mediocridad. Con algunas excepciones -Caldera, Prieto Figueroa, Herrera Campins- carecen los miembros de esa élite de la cultura, la formación ideológica y la comprensión de los problemas contemporáneos que caracterizan hoy cualquier país civilizado del mundo a los dirigentes políticos... En general, los dirigentes políticos de la Venezuela de hoy estudiaron con disciplina cuando en las Universidades eran alumnos de los cursos de Derecho o Medicina. Egresados del aula universitaria, con carrera concluida o trunca, aquellos hombres no volvieron ya a ejercitarse en las exigencias de la formación intelectual... Mientras la dirección de los partidos... se estanca intelectualmente, aparece en el país una nueva generación de técnicos y de científicos cuyo equipamiento cultural es infinitamente superior. Venezuela ha logrado, porque el petróleo proporciona divisas para sostener gentes en el exterior, irse asimilando las conquistas técnicas de dos mundos... a través de sus estudiantes que se perfeccionan en Universidades extranjeras... Para quienes han egresado de nuestras Universidades en las décadas más recientes les resultan deprimentes la palabrería, las generalidades y los ritornelos de los políticos de partido... La decadencia de la élite política en el campo intelectual puede medirse por la aversión que tienen los jóvenes de las Universidades, los obreros de más reciente incorporación a las fábricas y los profesionales de las últimas promociones hacia la militancia en los partidos políticos... A la larga el país que va avanzando intelectualmente sentirá que está gobernado por un conjunto de mediocres que pretenden adormecerlo con frases penosamente rellenas. La conciencia de la distancia entre el país nuevo, con sus clases emergentes que ya no caben en el puño de esa mediocridad, y una élite envejecida sin laureles estallará en conflictos (Rangel, 1973: 27-34).

El conflicto medular que se presenta como evidencia de esa distancia será el del crecimiento de la corrupción, como hecho correspondiente a todo el sistema, e independiente de que partido gobernase: existía un “equilibrio peculador” (Duno, 1975:6), en el cual “...los gobiernos pasan pero el peculado queda...” (Martín, 1975:3). Mientras los partidos necesitaban, para regentar

la contradicción de ser a la vez populares y apoyados por el gran capital ser “ineficaces y demagógicos” por medio del, convirtiendo a la política en el mejor negocio, y a las empresas en la mejor política (Duno, 1975:7). Esto recorría a todos los sectores, y la opulencia era muestra de la farsa, que convencía a todos de una situación “feliz”, en “la cultura del derroche, de la opulencia, de la apariencia novorica” donde “...cifraron los burgueses la extensión de su engaño al pueblo en los últimos años... El país se acostumbró a la corrupción, a la trampa (Núñez Tenorio, 1979:195). Un efecto, presuntamente inadvertido para la izquierda moderada pero denunciado por la más radical es cómo ocurrió que, al pacificarse, era cooptada por el sistema y toda su dinámica. No para sobrevivir y revolucionar en un momento futuro, ni para poder demoler el monstruo por dentro, sino para ser neutralizada. Se trataba de “guerrilleros gumersindiados...” (por el antiguo líder del MIR, Gumersindo Rodríguez, devenido en tecnócrata y socio del capitalismo local); una “la izquierda oficial venezolana corresponde a la derecha, son las caras... de una misma miseria política y social” (Duno, Pérez Alfonzo y Rangel, 1976: 345). A decir de Núñez Tenorio sobre el abandono de la guerra revolucionaria y la pacificación:

Y el golpe demoledor que sufre el movimiento revolucionario, el disparo más certero realizado por la táctica gobiernista, no son los golpes represivos que nos proporcionan militar y policialmente... El auténtico éxito que obtiene la táctica del gobierno, la burguesía, el imperialismo... es la deserción de la dirección del movimiento revolucionario... como si no hubiese pasado nada; de regresar a la legalidad aduciendo “borrón y cuenta nueva”, sencillamente nos equivocamos y ahora es necesario emprender el camino justo... (Núñez Tenorio, 1979:195)

Así, incluso participando en sus instituciones, rescatando los elementos liberadores y progresistas de la gestión democrático-reformista, presionando para mayores libertades para la izquierda, se minaba el elemento conflictivo esencial. Se convertía la izquierda moderada en otro socio más del sistema, que sería también barrido cuando ocurriese la revolución. Y esta revolución era un imperativo histórico por cuanto la democracia burguesa era ya irre recuperable. La izquierda genuina debía mostrar su:

...rechazo a una realidad viciada, peligrosa, abismante, de un país en desgracia, copado por una locura frívola, irresponsable, de una Nación cuyas clases dirigentes la conducen a ojos

vendados, narcotizada, a jugar con pétalos de flores al borde del abismo, a la descapitalización, a la degradación social, a la pérdida del hábito y la virtud del trabajo, a la desnacionalización. Un... castigo para un país decadente... un orden mezquino e hipócrita: el derroche, la ligereza, la entrega al capital extranjero, una historia de vejámenes y opresión, de despojo y chantaje por parte del imperialismo, las oligarquías, los políticos traficantes de ilusiones y sobornos, de fantasías y comisiones... En una sociedad adormecida, sin protesta, sin iracundia crítica, entregada al disfrute inconsciente, donde el enfrentamiento había sido reducido a límites insignificantes, se hacía reinar la apariencia del desarrollo, de la justicia, de la equidad. Los intelectuales recibiendo mendrugos, el paraíso de Barataria, el narcótico de una alabanza fácil, el cretinismo onanista. Las sobras del gran banquete del país petrolero, repartido entre empresas extranjeras y burgueses, sirve para convertir la conciencia en un ojo muerto, insensible... Un país de humillaciones y de engaños, de opresión y miseria, presentado ante el mundo, por obra y gracia de la técnica, los medios publicitarios y el subdesarrollo..., maquillado para el mundo como una Arcadia feliz. (Duno, Pérez Alfonso y Rangel, 1976: 5-7).

Esta “Arcadia feliz” de las apariencias chocaría con la crisis económica de la década de los ochenta y la interrupción abrupta del crecimiento económico y social. De nuevo, la pluma de Rangel da una terrible imagen:

Venezuela fue aquerenciándose en la prosperidad... El capitalismo periférico de Venezuela desbordó la menguada dimensión local para lanzarse a la aventura internacional... La sociedad de consumo ganó batallas resonantes en la *Blitzkrieg* de los cachivaches de todo orden que el mercado mundial volcó sobre Venezuela para colmar la avidez estimulada por la prosperidad y la novelería. El gasto de todos, los de arriba y los de abajo, no tuvo fronteras ni pausas porque la prosperidad parecía ser eterna... (Rangel, 1982:171-172)

Rangel advertía, en sus siguientes trabajos, que ese “fin de fiesta” implicaba la muestra de la quiebra moral advertida, como un sueño derrumbado. Sin embargo, esta advertencia no significó rédito alguno para su causa: en la década de los ochentas, las izquierdas redujeron considerablemente su caudal electoral, e ideológicamente estaban se encontraban bajo el desconcierto de la apertura económica China, así como el proceso soviético de la Perestroika. Incluso, fue una década de cambio ideológico para muchos de sus cuadros, que asumieron

las posiciones del nuevo liberalismo, (como fue el caso de Emeterio Gómez, Américo Martín, Carlos Raúl Hernández, entre otros; como ilustración de este punto, ver Gómez, 1984:19-22). Mientras tanto, otros permanecían atados a tácticas insurreccionales: pese a la crisis económica iniciada en 1983 y su eventual resolución neoliberal, la literatura de izquierdas quedará rezagada -con excepciones como “El Paquete de Adán y Jaime” de Rangel, o “Las Máscaras de la Democracia” de Moisés Moleiro, antiguo compañero de Rangel en el MIR. En este último libro, Moleiro reúne, con numerosos datos, el conjunto del diagnóstico de la izquierda, combinándola con el juicio histórico sobre lo que serían las consecuencias de un régimen reformista, y su incapacidad de reformarse. “El orden que padecemos es una estafa -concluye Moleiro-. Contra ella es necesario actuar. Y es posible hacerlo por vías democráticas, y ampliando el consenso por el cambio” (Moleiro, 1988:380). Sin embargo, el camino fuera del sistema permanecería quedaría latente hasta su ebullición de los noventas.

### *Los profetas de derechas*

La existencia de la derecha podría ser más confusa por cuanto, a diferencia de la izquierda, carecería de un foco ideológico de relativa coherencia interna como el marxismo. Ciertamente, las derechas venezolanas no lograron entre 1968 y 1988, ninguna organización política propia, pese a embrionarios intentos; los intereses sociales tradicionalmente vinculados con las derechas en la región (terratenientes, burguesía financiera, comercial e industrial, fuerzas armadas e iglesia) estaban ya incorporados en sus intereses en el sistema, protegidos por los partidos moderados, siendo este además el flanco electoral más restringido por el sistema (Coppedge). Empero, la larga impronta de un lenguaje aristocrático y autoritario en la tradición política venezolana servía de fuente indirecta por la cual insensiblemente se levantaban objeciones al Estado Social liderado por los partidos.

Tanto el lenguaje liberal decimonónico, como el lenguaje positivista dominante hasta 1958, ofrecían explicaciones para la imperfección de la democracia partidista en la incapacidad popular y las aspiraciones hacia un gobierno “fuerte”. En términos de contacto con el mundo y las nuevas

corrientes ideológicas, las versiones pretorianas de las derechas -y con ella el llamado “perezjimenismo”, cuya figura central será cada vez más remota de la vida política nacional- quedarán rezagadas ante la emergencia de las innovaciones en la ciencia económica y el resurgir de la economía de mercado, luego de décadas de estatismo desarrollista. Desde la promoción de Hayek y Friedman, a la asunción académica de la teoría de los juegos, el tono de la crítica desde la derecha hacia la democracia de partidos será crecientemente enfocada en la promoción del libre mercado y el escepticismo hacia las soluciones electorales. Las críticas a la ineficiencia se tornarán en críticas propositivas hacia el libre mercado a medida que la manifestación más saliente del declinar democrático es su gestión económica. Libros como “Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario” y “El Tercermundismo” de Carlos Rangel dedicaban su crítica hacia la extrema izquierda y su presencia dentro de las instituciones académicas, eclesiásticas, sociales y políticas de la región. Mientras tanto, libros como “El Reto de las Élités”, “La generación de relevo vs. el Estado omnipotente” y “Más y Mejor Democracia”, “La miseria del populismo: Mitos y realidades de la democracia venezolana” y “El pluralismo tutelar” introducían al público en una perspectiva distinta a la tradicional crítica desde las izquierdas: el problema era la incapacidad técnica del Estado Venezolano en contraste con la industria privada.

En esencia, se reclamaba a la democracia de partidos, ya no su inequidad o insuficiencia revolucionaria, sino su ineficiencia. En contraste con otras experiencias interrumpidas por regímenes de partidos (como los regímenes aristocráticos postgomecistas o el desarrollismo militar del “Nuevo Ideal Nacional”), la democracia encerraba un círculo vicioso de demagogia-gasto-voto que obligaba a los partidos -en sí mismos organizaciones sectarias e inexpertas- a ofrecer más y más, siendo incapaces de resolver estas aspiraciones técnicamente, ya porque carece de cuadros político-técnicos propios, o porque hostiga al sector social que sí los tiene (la empresa privada). Se habían así perdido oportunidades históricas de encumbrar al país en una senda pacífica y productiva. Decía Pedro R. Tinoco, desde su tribuna como candidato “desarrollista”, que la administración pública venezolana carecía de los criterios técnicos que la “moderna ciencia administrativa considera indispensables para lograr la eficacia”, estando atada en un marco jurídico caduco que desestimula la acción de los particulares (Tinoco, 1971: 11). Esto se agravaba porque los partidos, aunque habían prometido

“un adecuado sistema de selección de personal” (Ibíd., p. 130), pero habrían preferido mantener las cuotas del clientelismo partidista intactas, escogiendo para posiciones sensibles a miembros “del partido de gobierno, sin experiencia previa en el negocio petrolero o en el manejo de empresas...” (Ibíd., 131). Aún si fuesen “hombres inteligentes, honestos”, su inexperiencia los descalificaba, y colocaba de relieve el sectarismo político de los partidos en su celo por gobernar de manera exclusiva, y con la mera “maña” política. Tinoco reclamaba que se requerían de “fuerzas sanas” que restaurasen la eficiencia, y si eso implica prescindir de la “partidocracia” (o de regresar a los administradores de regímenes autoritarios), no debía dejarse de lado:

Cuando digo fuerzas sanas... quiero decir las fuerzas que no están comprometidas con los partidos tradicionales, las fuerzas que no representan la actual partidocracia, las fuerzas que son capaces de darle al país un impulso de renovación y de progreso. Dentro de estas fuerzas están las fuerzas perezjimenistas, están las fuerzas desarrollistas y está ese vasto sector independiente, políticamente no comprometido, pero sí comprometido con el destino nacional... [E]ste país está cansado de los políticos tradicionales, que este país está cansado de ser simplemente el espectador de un torneo eterno de habilidad política para saber quién ofrece lo que no va a cumplir, para seguir utilizando al pueblo venezolano para eternizar en el poder unas organizaciones partidistas que, ciertamente, no nos están llevando por los mejores caminos y los mejores derroteros... Lo que nosotros le vamos a ofrecer a Venezuela no es un político hábil... lo que le vamos a ofrecer a Venezuela es un constructor, un realizador, un hombre que sepa y pueda hacer por este pueblo lo que este pueblo necesita. Le dejamos la habilidad política a la generación del 28 y que se entierren con ella. (Archivo Digital Sofía Imber-Carlos Rangel, 1973a)<sup>14</sup>

---

**14** La respuesta de Carlos Rangel es valiosa por lo que enfrenta, a riesgo de perder contacto con un líder político potencialmente poderoso: “Lógicamente, tú [Tinoco] tienes que decir todo esto con un ropaje retórico adecuado: hablar de salvar al país de los males que lo agobian, de la voluntad patriótica, etc. Pero de lo que se trata, de lo que se ha tratado desde el año pasado, es que por razones que residen más en la simpatía de las masas que en ninguna buena memoria que Venezuela pueda tener de aquel desastroso gobierno, el perezjimenismo es una fuerza electoral, y que una serie de hombres ambiciosos que quieren ser Presidente de la República, entre ellos tú, se propusieron como meta meterse esa fuerza en el bolsillo, o por lo menos, si no en el bolsillo, hacerla andar al lado suyo... Entonces, de lo que se trata... es cómo has logrado o cómo estás logrando que un hombre tan desconfiado, tan avaro, tan mala persona, como el gral. Pérez Jiménez esté en

Al referirse a la “generación del 28”, no hacía Tinoco un comentario neutro: se trataba de una referencia -aún si inexacta- a los fundadores de la democracia representativa. Eran los líderes de los partidos políticos que habrían gobernado el país por décadas, de manera “ventajista”, “sectaria”, “incapaz” e “ineficaz” (Archivo Digital Sofía Imber-Carlos Rangel, 1973b). Para los perezjimenistas que se aliaron circunstancialmente a Tinoco en 1973, el juicio no cambiará con el paso de los años, esos partidos -esencialmente, AD y Copei- “habrían sido francamente lesivos para la nación” por su ineficiencia, actuando sin planes y de manera oportunista, gastando cuantiosas sumas en propaganda política (Pérez Jiménez y Soler Serrano, 1983:156) y si se mantienen en el poder es porque han “intoxicado a las masas” (Estrada, en Blanco Muñoz, 1983:222).

Tales organizaciones son, bajo este esquema de críticas agrupaciones de ambiciosos carreristas y una abúlica clientela, con reglas de mutua protección que permiten la ineficacia, prefiriéndose al cuadro partidista y fiel por sobre un funcionario “capaz” e “independiente”, que estuviese sometido al control de la opinión pública y electorado como en las verdaderas democracias. Esta solidaridad automática se expresaba en una mayor centralización del partido, ya en su cúpula directiva (referida coloquialmente como “el cogollo” (por el núcleo duro de una planta, donde se reúnen todas las hojas)), ya en el presidente de la República. Arturo Uslar Pietri, sin expresar gusto alguno por el régimen militar fenecido, lamenta que los partidos sean, en lugar de organizaciones modernas, atávicas muestras de la política superada por el régimen andino:

Los partidos políticos son un trasunto de lo que eran las viejas organizaciones caudillistas. Se anda siempre buscando una protección paternalista. “Milito en el partido cual porque me protege. Cuando meto la pata o estoy en un aprieto, el partido me ayuda, no me deja hundir”... aun en casos en que no debería... (Uslar Pietri y Peña, 1978: 73-74)

Añade a este comentario Uslar una condena adicional: los partidos democráticos venezolanos “se hicieron todos a la imagen y semejanza del Partido Comunista...” (Id.); es decir, como partidos “leninistas”, bajo una organización de “centralismo democrático”. Esto implica dos cosas; la primera, que son

---

vías de trasladar lo que él pueda trasladar, que no es mucho, de esa fuerza electoral psicópata o psicópata, a un hombre y a la razón social y política Pedro Tinoco y compañía, desarrollistas, limitada” (Id.)

autoritarios e inhibidores de la independencia de criterio de sus miembros “hay una obediencia ciega, basada en una organización de tipo militar” (Id.); y la segunda, que se actúan sobre la base de un criterio ideológico de entrada equivocado, que es el socialismo en sentido extenso (“romanticismo”, “justicia social”, “igualdad”, “populismo” etc.), el cual es lesivo hasta en su forma moderada, por los riesgos para la libertad que conllevarían. Como apuntaría Joaquín Sánchez-Covisa hablando sobre el nacionalismo económico propio de las economías latinoamericanas de los sesentas y setentas:

Esas corrientes falsamente redentoras invaden en los tiempos actuales, con grados, matices y coloraciones muy diversas, el mapa de América Latina... Cuando han penetrado de forma relativamente moderada, como es el caso de México en el Norte, de Venezuela en el Sur... se manifiestan a través de medidas legislativas o administrativas que reducen... el ritmo de progreso de la comunidad. Cada país paga, en estos casos, una cuota variable de progreso que es el sacrificio que ofrenda al ídolo emocional del socialismo nacionalista. Y son, por lo demás, las masas desheredadas quienes sufragan ese costo... Por otra parte, el alborozo sentimental que despierta en los espíritus ingenuos la adopción de medidas “nacionalistas” y “socializadoras” oculta el hecho que se están sembrando las células cancerosas cuya trágica cosecha se ha de recoger en el futuro. (Sánchez-Covisa, 1974:198-199)

Planteado de ese modo, existiría un vínculo lógico entre partidos “socialistas” e “igualitaristas”, y la expansión de la actividad del Estado. Gil Yépes, en su libro “El Reto de las Élités”, plantea que justamente, las políticas públicas venezolanas serían ineficientes, estancadas, y poco profesionales (“el Círculo Vicioso del Estancamiento de la Formación de Políticas”) por “la aplicación dogmática de principios ideológicos” y por “limitaciones en el acceso e influencia del sector privado” (Gil Yépes, 1978:253). Ese dogmatismo, que habría hostilizado al sector privado por temores hacia el “el capitalismo”, “el imperialismo”, o “la dependencia” se derivaría de la preocupación política por la “eliminación de las diferencias sociales” del pensamiento tanto reformista como revolucionario, “socialistas y marxistas”. La distorsión de la realidad no es exclusiva de la extrema izquierda, sino de todas las élites venezolanas (Gil Yépes, 1978:254). Esto se reiteraría en “La Generación de Relevo vs. El Estado Omnipotente”, de Marcel Granier, como símbolo de la distancia entre las nuevas generaciones y las élites del Estado; estando éstas “envejecidas” y “desconcertadas” (Granier, 1985:107-



108), que pese a haber asumido ideologías más moderadas, estaban en el fondo formados “en una Venezuela provincial y aislada” bajo el “marxismo” y “nuestra herencia de absolutismo español y dogmatismo eclesiástico”, imposibilitada de “adaptarse a los nuevos tiempos” y dejando a Venezuela “huérfana de líderes”(Granier, 1985:133). La asociación entre socialismo, cristianismo, y herencia hispánica era un comentario frecuente desde la crítica liberal hacia los dirigentes de los grandes partidos y su concepto del Estado.

Tal Estado, liderado por esa “partidocracia” de AD-Copei, se “personifica” en la figura de un Estado Presidencial que se asume superior a la sociedad, omnipotente, pero a la vez es munificente y paternal: “...estamos convirtiendo al Estado en ...una entidad cada vez más imprecisa y voraz, cuyo gigantismo estamos alimentando nosotros mismos. Nos creemos beneficiarios del Estado, pero somos, en mucha medida, sus víctimas propiciatorias... el Estado se ha aprovechado de ese exceso para consolidar su omnipotencia.” (Granier, 1985:1). Sin tomar en cuenta el desarrollo del sector privado de la economía en las décadas previas, la percepción de su desaceleración descansaba en la responsabilidad de este Estado ineficaz y asfixiante, hostil contra la acción económica autónoma. El intervencionismo estatal, en especial auge durante la década de 1974 a 1984, sería la conclusión lógica y el factor que debía ser superado este sistema. Era la “justicia social” el elemento redistribuidor que justificaba su populismo. Así como para la izquierda, la presencia de AD y Copei no significaba una genuina diferencia en este sentido; se confirmaba, con los gobiernos de ambos, que estaban igualmente desviados. Pero, allí donde la izquierda acusaba a los partidos del *establishment* de perder su conciencia social y se rehén del capital, la derecha los denunciaba por un excesivo apego a la voluntad imperfecta de las masas electoras, lo cual deviene en una necesidad populista; Uslar Pietri señala que el “populismo” o “paternalismo político”:

consiste en hacerle creer al pueblo que tiene derechos ilimitados de toda clase, y ninguna obligación ni deber; que por el hecho de existir, tenemos derecho a todo, pero que, en consecuencia, no estamos obligados a dar nada. Ese populismo lo acentuaron ciertos partidos con el fin de conseguir votos, y han alentado cada vez más aspiraciones exageradas, y prometido posibilidades que estaban mucho más allá del alcance de las respectivas economías nacionales. Ha ido creando un fardo mayor de consumo improductivo,

de pensionado, de gente que recibe y que no da... Siempre he dicho que la tendencia que estamos siguiendo en Venezuela es peligrosa. Primero hacerle creer a la gente que sólo tiene derechos y no deberes ¡es una idea abusiva! [Los que cumplen la ley se preguntarán] “¿Por qué nosotros hemos de ser tan tontos? Si al 60% que no viene a trabajar, no le pasa nada, entonces nosotros también podemos no ir al trabajo, seguir cobrando los sueldos ¡igual no nos pueden botar! (Uslar Pietri y Peña, 1978: 160-172)

Este clima de irresponsabilidad generalizada y de expectativas de abundancia, se exagera en los períodos electorales, pero también por la irresponsabilidad del gasto público, hecho si planificación. Diría Granier en 1985: “...nuestro crecimiento estimuló en los gobernantes responsables de la conducción del Estado la búsqueda de rápidos paliativos para satisfacer las aspiraciones populares...”, y esos paliativos estaban justificados en la apelación a la “justicia social” (Granier 1985:9-11), vinculada irremisiblemente al populismo que denunciaba Uslar Pietri. No era la “justicia social” una noción basada en desigualdades objetivas que debían ser resueltas, sino “el reparto indiscriminado del mayor número de bienes al mayor número de personas. Ese concepto erróneo ha sido manipulado, por demagogia o estrategia electoral, en la mayoría de los regímenes democráticos...” (Id.). Era entonces un abuso vinculado a casi todos los regímenes democráticos, donde se usaría como “chivo expiatorio” a la “empresa privada” (Id.). La “justicia social” había sido denunciada ya en los setentas por Friedrich Hayek en su libro *Mirage of Social Justice* (volumen dos de su *Law, Legislation and Liberty*), pero en Venezuela esto tenía especial relevancia por el cariz ideológico de los dos grandes partidos, percibidos por la crítica de derechas como insuficientemente proclives a defender la empresa privada. Y el empresariado venezolano, aislada del centro del sistema político venezolano, estaría políticamente expuesto. En Venezuela, insistirán, “no hay derechas”:

Las fracciones fundamentales dentro de cada partido están formadas por trabajadores, estudiantes, campesinos y profesionales. Los empresarios no tienen ninguna fracción organizada dentro de ningún partido y sería políticamente embarazoso que la tuvieran, así como lo es para cualquier partido aparecer públicamente en términos amigables con el empresariado. Con la excepción del Movimiento Desarrollista, no existe un partido que refleje los intereses empresariales. Y este movimiento no ha logrado apoyo

popular y en la actualidad se encuentra en estado latente... No existe ningún partido conservador o de derecha que equilibre las opiniones anticapitalistas y antiempresariales de los sectores de izquierda, que sí se encuentran presentes en todos los partidos de importancia electoral. Además, la mayoría de los líderes empresariales tampoco tienden a manifestar preferencias partidistas. (Gil Yepes, 1978:52)

Hay que insistir en este último punto. El empresariado -salvo aquél que se manifiesta proclive a las tendencias de mercado- es también cómplice del sistema. En última instancia, la dependencia de todo el sistema en el voto termina siendo su fragilidad esencial. En términos lógicos es la consecuencia de un sistema democrático en una sociedad que no está preparada para ello, y cuyo liderazgo no es realmente representativo. Se asoma el argumento que, si la sociedad no responde correctamente a la democracia, ¿puede estar preparado para ella? “Ha llegado la hora de preguntarse no ya en qué ha fallado la democracia sino más bien en qué le hemos fallado nosotros a ella” (Granier, 1985:23). Este sería un punto frecuentemente elevado por Arturo Uslar Pietri: “nuestra manera de ser... nuestros vicios congénitos. Cuando decimos: los partidos venezolanos son paternalistas, amiguistas, deberíamos quitarle la palabra partidos y decir: los venezolanos...” (Uslar Pietri y Peña, 1978:81-82). Si existía enfoque crítico sobre las campañas electorales no descansaba en sus elementos de mercadotecnia moderna, sino en las promesas de abundancia: quién va a dar más y de mejor manera. La responsabilidad de la deriva inconveniente de las decisiones económicas estará también en la población y sus malas decisiones. El accionar político en un pueblo poco preparado para ello termina en una paradoja: separa a las élites de relevo de la vida partidista, que es mediocre y autoritaria, y sólo atrae a los partidos a cuadros incapaces de funcionar en el sector privado -profesionalmente exigente- o a personas de mala índole. El “voto de flojos, de holgazanes ni de vivos” -diría en su intento candidatural el famoso locutor RennyOttolina- se los regalo a los partidos políticos” (Ottolina, en Prodavinci, 2019). En expresión muy dramática de la percepción de las derechas acerca de la corrompida racionalidad del hombre democrático (que se combina con una defensa de las épocas previas a la democracia de masas), tenemos la famosa reconvencción de Arturo Uslar ante la televisión, acerca de la honestidad del venezolano, soliviantada por el liderazgo político:

|        |  |
|--------|--|
| Uslar: | “En 1943, con el personal de Gómez, porque lo que estaba ahí era lo que venía de Gómez y eran hombres que tenían 20 años ó 15 años en el Ministerio de Hacienda, vivían de un sueldito, ninguno de ellos hizo nunca un negocio, cuando se les enfermaba una hija iban a casa del Ministro a que les regalara 500 bolívares para una operación de apendicitis. Bueno, eso era la administración, eso es lo que ahora se ha podrido de arriba a abajo porque ahora roban hasta los porteros. |
| Imber: | Pero es que lo que debería haber es una exacta honestidad pero con una Venezuela próspera, poderosa, y no debido al petróleo solamente, sino una posibilidad de ser un país absolutamente que ha tenido ya tiempo de desarrollarse...  |
| Uslar: | Pero es que el ejemplo viene de arriba.  |
| Imber: | Tú hablas de la austeridad que tiene que ser demostrada.   |
| Uslar: | Yo no digo la austeridad demostrada solamente, austeridad hace falta, lo que hace falta es que haya honestidad. Que haya honestidad. Ahora, ¿la gente qué es lo que está viendo todos los días? Tú coges los periódicos todos los días ¿y qué es lo que tú ves? Denuncias por centenares, de hombres que se enriquecieron en una aduana, que se enriquecieron en una función...  |
| Imber: | En todo...   |

|        |   |
|--------|---|
| Uslar: | Entonces, tú comprendes que el pobre hombre que está en la portería y quien para dejarte pasar o no dejarte pasar te puede quitar cien bolívares, tiene una tentación muy grande de quitártelos porque es lo que están haciendo, después de todo, los que están arriba. No lo están educando, no está teniendo un ejemplo, no sabe que está haciendo una cosa mal hecha, todo lo contrario, lo que piensa es que va a ser tonto. Yo pienso que al camino que vamos en Venezuela dentro de poco... Aquí hay muchas condecoraciones y se han creado muchísimas y todos los días valen menos y significan menos, pero yo pienso que va a haber que crear una orden nacional y le pido perdón a la televisión y que no me la borre y la voy a decir con todas sus palabras, “la Orden Nacional de los Pendejos”, eso hace mucha falta en Venezuela, porque en realidad aquí esa palabra se aplica al hombre honesto, el que no es un vivo, el que no da arrebatones, el que no se aprovecha, ese es un pendejo, y eso es muy honorable. De modo que va a haber un día en que habrá un gran orgullo en que uno diga: ¡Yo no soy un vivo, yo soy un pendejo y he servido a mi país! |
| Imber: | Arturo, yo realmente estoy totalmente de acuerdo, pero como no soy Arturo Úslar no digo la palabra porque a mí sí me la cortan...”  |
|        | (Archivo Digital Sofía Imber-Carlos Rangel, 1989)   |

Desde una perspectiva liberal, las críticas se agudizarán con la crisis económica de 1983 y el llamado “viernes negro”, sin vincularlo a las acciones del sector empresarial privado durante la década de holganza. Incluso defensores tradicionales de la democracia de partidos, se resignaban a que, en última instancia, eran incapaces en lo económico. Con todo, a diferencia del evidente desdén hacia la democracia expresado en el perezjimenismo -que sugería una dictadura ilustrada-, los críticos liberales mantenían una decidida ambivalencia ante las posibilidades de un sistema democrático. Expresaban que la dinámica presente, de no tomarse los correctivos necesarios, culminaría con un nuevo experimento autoritario. Sin embargo, a la vez, estas advertencias implicaban como correctivo cierta autonomía de los cuadros técnicos de la administración pública de la injerencia partidista, y su agregado de demagogia electoral, generando a su vez la suspicacia de varios actores políticos en torno a estas reformas. El diagnóstico era, al final, ominoso: “a la corrupción, la burocracia excesiva y el descontento social, pone a Venezuela al borde de un golpe de mano populista, y más tarde o al mismo tiempo, de una dictadura militar.” (Granier, 1985:107-108)

### *Comentarios finales*

En las páginas anteriores hemos revisado algunos aspectos de las críticas de derechas e izquierda hacia el sistema democrático venezolano. Creemos que la evidencia textual mostrada, en la cual los reclamos planteados antecedieron -en sus argumentos centrales- la emergencia de problemas bajo los gobiernos de la democracia representativa. El sistema “no debía funcionar”, y “no funcionó”, lo cual implicaba que las dudas sobre la legitimidad esencial del sistema estaban fundamentadas.

Se puede observar una coherencia de las críticas de izquierdas y derechas, será el antipartidismo el núcleo central de sus reclamos, seguidas de la crítica por su ineficiencia. Esa combinación tendrá como hilo ductor la percepción social acerca de la corrupción administrativa: tal era la causa de la desigualdad, la improductividad y cualquier otro mal. La democracia representativa era insuficiente. Un híbrido diletante (Gil Yépes, 1978:144), que no podía, por su carácter indefinido, satisfacer las aspiraciones de sus antípodas políticos. Para la

izquierda, el sistema era rehén de los intereses del capitalismo; para la derecha, de su dogmatismo ideológico socialista. Entretanto, las masas desorientadas alternaban la preferencia, de modo decrecientemente entusiasta, en AD y Copei, igualmente culpables del desastre nacional.

Insistimos que esto ameritaba negar o minimizar aquellos avances del sistema, los cuales eran acumulativamente significativos: si se tenía éxito electoral, era por manipulación; si existía paz política, era por complicidad; si existían estadísticas favorables, era crecimiento vegetativo o mala medición; si existía amplio reconocimiento externo, se debía a la obsecuencia con las potencias. Lo que existía, era tenido como -pensemos en Hirschman- fútil, falso y frágil. A decir del expresidente Rafael Caldera, en la crítica principista, aún honesta, se corría el peligro de perder la esencia de la democracia si se aspiraban a soluciones que negasen el sentido de la política democrática, apuntando hacia tecnocráticas o revolucionarias. Esto iba en contra del entendimiento de los fundadores del sistema establecido en 1958: un sistema de redistribución no agresivo, con creciente y significativa igualdad social, que permitiese mayores libertades públicas:

En uso de la libertad que la Constitución propicia, se ha pretendido calificarlo de fracaso. Se le han achacado todos los defectos y cargado todos los males de nuestra situación. Si acaso se admite, con displicente condescendencia, el que ha abierto puertas anchas a la libertad; pero más nada. Se le tacha de incapaz para enfrentar las necesidades colectivas y se considera como inherente al régimen la ineficacia en el gobierno. Se le emplaza con una letanía masoquista, que parece añorar aquellos regímenes despóticos que por más de cien años fueron vergüenza nacional. Hasta se llega a sugerir que la corrupción es producto de la democracia. A veces parecería insinuarse la posibilidad de “otras fórmulas”, en vista del fracaso de esta; olvidando que fuera de la democracia no hay sino dictadura, de cualquier signo que ésta sea... Debo admitir categóricamente, que muchas de las críticas están justificadas y presumir en quienes las expresan el sincero deseo de que se haga un gran esfuerzo para corregir los errores. Pero no podría negar que algunas parecen reflejar cierto despecho, y otras asoman la ilusión trasnochada de un nuevo despotismo. Por eso, Betancourt se quejaba de los “añoradores” de la tiranía. Por eso hablé, en una ocasión, de una conspiración satánica contra la democracia. La frase dio lugar a la más prolongada serie de comentarios de toda

especie e intención en torno a una expresión que tenía más de preocupación que de denuncia. Porque ni ha sido mi intención defender a los demócratas ineptos, egoístas o prevaricadores, ni condenar a quienes ejercitan con derecho la crítica, por dura que ésta sea, sino alertar a las jóvenes generaciones contra el espejismo que podría colocar ante sus ojos por obra de quienes todos los días sugieren que la democracia es mentira costosa y falsa e infecunda la libertad. Falso, que estos veintiocho años hayan sido negativos para Venezuela... (Discurso de orden en el XXV aniversario de la promulgación de la Constitución, Congreso de la República, 23-01-1986, Caldera, 2016:156-157)

Lo cierto es que los propios líderes fundadores admitían la existencia de “demócratas ineptos, egoístas o prevaricadores”. La preocupación por el crecimiento desmedido de la administración pública, el gasto descontrolado, las relaciones con los nuevos empresarios, los patrones de consumismo desbocado en un país que todavía tenía multitudes rezagadas e insuficientemente atendidas, se proyectaban como una amenaza. El consenso del sistema es que algo se había quebrado, algo se había desviado en el momento de auge. Betancourt reiteraba consistentemente el reclamo hacia una “democracia decente”, que implicaba medidas de perfeccionamiento, especialmente en el manejo de los dineros públicos y en la selección de candidatos de los partidos. En Caldera, y en el movimiento socialcristiano en general, la necesidad de profundizar la democracia con mayores elementos participativos. Desde uno de los gobiernos de Acción Democrática, pero con amplio consenso entre las fuerzas moderadas representadas en el Congreso, gremios y sindicatos, funcionó y propuso reformas la Comisión para la Reforma del Estado. (COPRE), para dinamizar la relación entre el Estado y la sociedad, y dar a ésta una mayor autonomía, manteniendo la esencia del sistema.

A la vez, mientras estas autocríticas y visiones constructivas se activaban, funcionaba también una dinámica de escándalo y acusaciones mutuas dentro del parlamento entre los grandes partidos, en carreras políticas forjadas en la denuncia, azuzada por los medios, y diligentemente registrada sin ambages en sus respectivas campañas electorales. El liderazgo llegó a estar en público una relación de mutua desconfianza y deslealtad, que era sin embargo desmentida por la conciliación política y los arreglos coyunturales. La desesperanzada conseja



que decía “si lo que dice AD de Copei es cierto, Copei no debe gobernar; y si lo que dice Copei de AD es cierto, AD no debería gobernar”, funcionó en contra de la credibilidad del sistema, y a favor de vacíos electorales aprovechados con audacia. Cuando la crisis alcanzó su apogeo, la narrativa sustitutiva existía: la culpa era de los partidos, que habían fracasado. Esta fue aceptada como única alternativa, insensiblemente, en los mismos espacios donde había sido expuesta por décadas.

Como dentro de una profecía autocumplida, el sistema liderado por los dos grandes partidos falló tal y como anunciaban sus críticos más mordaces, incluso en su momento de auge más espectacular. Caracterizaban sus fallas como inexorablemente ligadas a sus elementos fundacionales, y se confirmaba en su incapacidad de resolverlas los efectos de esos errores de origen. La democracia, ciertamente, exige que la crítica pública y libre es un rasgo definitorio de un sistema abierto, y es necesario mantenerla más por sus ventajas que por sus riesgos. Sería mendaz decir que la oposición ideológica implica deslealtad, si admitimos la necesidad de pluralismo. Pero, ¿puede esperarse lealtad ante un conflicto de principios? ¿Sirve la ideología para justificar toda acción política o económica al margen de las reglas generalmente aceptadas? ¿Se fue impaciente con el sistema, o acaso con su propósito de reforma? ¿Eran estas orientaciones reformistas compatibles, en última instancia, con el sistema político delineado en los sesentas? ¿Cumplieron todo el sector económico con su rol? ¿Cumplió toda la izquierda con las condiciones implícitas de su pacificación?

Durante la década de los noventas, en torno al reformismo de mercado imperante, y su implementación por el *statu quo*, la crítica volvió a arreciar. Ya no se trataba simplemente las consecuencias de una crisis coyuntural del mercado internacional del petróleo ni la pérdida de confianza económica; los “shocks externos” dieron paso a convulsiones internas: las revueltas de 1989, los golpes de 1992, el enjuiciamiento del presidente Pérez, la crisis financiera de 1994. Cada suceso confirmaba las críticas (“el sistema es rehén de viejos populistas que nos trajeron hasta aquí y no nos permiten...”, “el sistema es cómplice del *bigbusiness*...”), lo cual a su vez impedía consensos duraderos liderados por los ahora debilitados partidos, que no eran sustituidos por actores políticos interesados en la mejora de la situación, sino en su modificación, decantando en el entusiasmo

de derechas e izquierdas por la posibilidad de desplazamiento definitivo de los partidos a partir de 1999.

Hace dos décadas, el profesor Boris Bunimov-Parra avizoró que -comparando al período de “las Administraciones 1959-1999” con el cambiante juicio histórico hacia el post-gomecismo-, si bien “la malquerencia” hacia la democracia era grande al despuntar el siglo, el estatus de la memoria actual iba a tender hacia posiciones más favorable a sus realizaciones. La revisión de la desconexión entre las promesas de la democracia y el rezago en sus resultados concretos, seguirán siendo un tema de polémica que posiblemente nunca llegue a su fin. Pero esta nueva historia también habrá de incluir las acciones -política, económicas, intelectuales-, y no sólo la ideas, de quienes dudaban de la idoneidad del sistema democrático, actuaban con ambigüedad ante sus valores, y contribuyeron de manera directa en su declinar. Si se aspira un futuro democrático que complete el gran proyecto histórico venezolano, esta reflexión será un ejercicio necesario.

### *Fuentes*

#### *Artículos*

- Aveledo Coll, G. T. (2016). “Pensamiento político en Venezuela: Metodología y grandes lenguajes”, en *Ontosemiótica*, No. 7(3). Mérida: Universidad de Los Andes, pp.61-77.
- Lührmann, A. y Lindberg, S.I. (2019). “A third wave of autocratization is here: what is new about it?”, en *Democratization*, DOI: 10.1080/13510347.2019.1582029
- Martínez, P.J. (1979). “Bases estructurales y principios filosófico-políticos del orden constitucional venezolano”, en *Politeia*, No.9. Caracas: Instituto de Estudios Políticos-Universidad Central de Venezuela, pp. 197-245.
- Martínez, P.J. (1980). “La unidad de la izquierda en Venezuela: su evolución hasta las elecciones nacionales de 1978 y 1979”, en *Politeia*, No.9. Caracas: Instituto de Estudios Políticos-Universidad Central de Venezuela, pp.311-393.
- O’Donell, G. (1994). “Delegative Democracy”, en *Journal of Democracy*, Vol. 5, núm.1. Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 55-69

- Rey, J.C. (1972). “El sistema de partidos venezolano” en *Politeia*, No.1. Caracas: Instituto de Estudios Políticos-Universidad Central de Venezuela, pp.174-230.
- Salamanca, L. (1992). “Agendas históricas no resueltas y golpes de Estado en Venezuela”, en *Politeia*, No. 15. Caracas: Instituto de Estudios Políticos-Universidad Central de Venezuela, pp.267-288.
- Skinner, Q. (1969). “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, en *History and Theory*, 8, 1, 3-53.
- Stambouli, A. (1980). “La campaña electoral de 1978”, en *Politeia*, No.9. Caracas: Instituto de Estudios Políticos-Universidad Central de Venezuela, pp. 51-132.
- Stambouli, A. (1980). “La Experiencia Política de una democracia partidista joven. El caso de Venezuela”, en *Politeia*, No.9. Caracas: Instituto de Estudios Políticos-Universidad Central de Venezuela, pp.263-286.
- Urbaneja, Diego Bautista (1976): “Consideraciones sobre metodología en la Historia de las Ideas Políticas”, en *Politeia*, No. 5. Caracas: Instituto de Estudios Políticos-Universidad Central de Venezuela, pp.185-222.
- Zakaria, F. (1997). “The rise of illiberal democracy”, en *Foreign Affairs* (enero, 1997). New York: Council of Foreign Affairs, pp.22-43.

### *Libros*

- Aveledo Coll, G. T. (2014). *La Segunda República Liberal-Democrática, 1959-1998*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt.
- Aveledo Orozco, R. G. (2007). *La 4ta República: Lo bueno, lo malo y lo feo de los civiles en el poder*. Caracas, Venezuela: Libros Marcados. Urbaneja, 2009: 13-15
- Betancourt, R., Suárez Figueroa, N., y Fundación Rómulo Betancourt (Caracas). (2006). *Selección de escritos políticos, 1929-1981*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt.
- Blanco Muñoz, A. (1983). *La dictadura: Pedro Estrada habló*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

- Bobbio, N. (1994). *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bonilla, F. (1972). *Cambio político en Venezuela: "El Fracaso de las elites"*. Caracas: Centro de Estudios de Desarrollo.
- Bravo, D., y Peña, A. (1978). *Conversaciones con Douglas Bravo*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.
- Brewer-Carías, A.-R. (1988). *Problemas del estado de partidos*. Caracas: Editorial Jurídica Venezolana.
- Brunkhorst, H. (2004). *Introducción a la historia de las ideas políticas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Caldera, R. (2016). *Ganar la patria: Etapas en la lucha cívica*. Caracas: Cyngular.
- Dahl, R. A. (1986). *Democracy, Liberty, Equality*. Oslo, Norwegian University Press.
- Dahl, R. A. (1989). *Democracy and its critics*. New Haven: Yale University Press.
- Diamond, L. y Plattner M. (2016). *Authoritarianism Goes Global: the Challenge to Democracy*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Duno, P., Pérez Alfonzo, J. P., y Rangel, D. A. (1976). *El desastre*. Valencia, Venezuela: Vadell Hnos.
- Duno, P. (1975). *Los doce apóstoles: Proceso a la degradación política*. Valencia: Vadell hermanos.
- Ellner, S. (1988). *Venezuela's Movimiento al Socialismo: from guerrilla defeat to innovative-politics*. Durham: Duke University Press.
- Figgis, J. N. (1916). *Studies of political thought from Gerson to Grotius, 1414-1625*. Cambridge: University Press.
- Freilich, A. (2008). *La Venedemocracia*. Caracas: Ediciones B Venezuela.
- Gil Yepes, J. A. (1978). *El reto de las élites*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Gómez, E. (1978). *Socialismo y mercado: de Keynes a Prebisch, los infortunios de la Socialdemocracia Latinoamericana*. Maracaibo: Adame y Metas.
- Granier, M. (1985). *La generación de relevo vs. el Estado omnipotente*. Caracas: Publi-

caciones Seleven.

- Granier, M., y Gil Yepes, J. A. (1987). *Más y mejor democracia*. Caracas: Grupo Roraima.
- Hirschman, A. O. (1991). *The Rhetoric of Reaction: Perversity, futility, jeopardy*. Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press.
- Huntington, S.P. (1993). *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman, University of Oklahoma Press.
- Kornblith, M. (1998). *Venezuela en los noventa: Las crisis de la democracia*. Caracas: IESA- Universidad Central de Venezuela.
- Levine, D. H. (1973). *Conflict and political change in Venezuela*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Levitsky, S., y Way, L. (2010). *Competitive authoritarianism: Hybrid regimes after the Cold War*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Levitsky, S., y Ziblatt, D. (2018). *How democracies die*. New York: Viking Press - Crown Publishing Group.
- Linz, J. J. (1987). *La quiebra de las democracias*. Madrid: Alianza editorial.
- Lombardi, J. V. (1985). *Venezuela: La búsqueda del orden, el sueño del progreso*. Barcelona: Crítica.
- Loscher, Iván (1977). *Escrito con la Izquierda. Entrevistas*. Caracas, Libros Tepuy.
- Martín, A. (1975). *Los Peces Gordos*. Valencia: Vadell Hermanos.
- Martz, J. D., y Myers, D. J. (1977). *Venezuela: The democratic experience*. New York: Praeger.
- Michels, R. (2001). *Los partidos políticos: un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Morgan, E. S. (2006). *La invención del pueblo: El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mounk, Y. (2018). *The people vs. democracy: Why our freedom is in danger and how to save it*. Cambridge: Harvard University Press.

- Myers, D. y MacCoy, J. L. (2004). *The unraveling of representative democracy in Venezuela*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Núñez Tenorio, J. R. (1975): *Venezuela, modelo neocolonial: Justicia social para ser realmente libres*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca.
- Núñez Tenorio, J. R. (1979). *La Izquierda y la lucha por el poder en Venezuela, 1958-1978*. Caracas: Ateneo de Caracas.
- Oropeza, L.J. (1982). *El pluralismo tutelar: una interpretación del proceso político venezolano*. Caracas: Centauro.
- Ortega y Gasset, J. (2009). *La Rebelión de las Masas*. Caracas: Editorial El Perro y la Rana.
- Uslar Pietri A., y Peña, A. (1978). *Conversaciones con Uslar Pietri*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.
- Peñalver, T. (2015). *La conspiración de los 12 golpes*. Caracas: La Hoja del Norte.
- Pérez Jiménez, M., y Soler Serrano, J. (1983). *Pérez Jiménez se confiesa: Diálogos en el exilio*. Barcelona: Ediciones Dronte.
- Rangel, C. (1976): *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*. Caracas: Monte Avila
- Rangel, C. (1981): *El Tercermundismo*. Caracas: Monte Avila
- Rangel, C. (1988). *Marx y los socialismos reales, y otros ensayos*. Caracas: Monte Avila
- Rangel, D. A. (1971). *La oligarquía del dinero*. Caracas: Editorial Fuentes.
- Rangel, D. A. (1973). *Los mercaderes del voto: estudio de un sistema*. Valencia: Vadell Hermanos.
- Rangel, D. A. (1982). *Fin de fiesta*. Valencia, Venezuela: Vadell Hermanos.
- Rangel, D. A. (1984). *El paquete de Adán y Jaime*. Valencia, Venezuela: Vadell Hermanos.
- Rangel, J.V., Petkoff, T. y Lairret, G. (1975): *El año chucuto*. Caracas: Distribuciones Españolas.
- Rey, J. C. (1989). *El futuro de la democracia en Venezuela*. Caracas: Instituto Interna-

cional de Estudios Avanzados.

- Rey, J.C. (2009). *El Sistema de Partidos Venezolano, 1830-1999*. Caracas, Centro Gumilla/UCAB.
- Rivero, M. (2010). *La rebelión de los naufragos*. Caracas, Venezuela: Editorial Alfa.
- Romero, A. (1986). *La miseria del populismo: Mitos y realidades de la democracia venezolana*. Caracas: Centauro.
- Runciman, D. (2018). *How democracy ends*. Nueva York, Basic Books.
- Sánchez-Covisa, J. (1974). *Economía, mercado y bienestar: Estudios económicos, selección y ordenación póstumas*. Caracas: s.n.
- Schumpeter, J.A. (1962). *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York, Harper.
- Silva Michelena, J. A. (1971). *The illusion of democracy in dependent nations*. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press.
- Stambouli, A. (2002). *La política extraviada: Una historia de Medina a Chávez*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Suarez Figueroa, N. (1977). *Programas políticos venezolanos de la primera mitad del siglo XX*, vol. 1-2. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Tinoco, P. R. (1971). *El estado eficaz*. Colección Los Desarrollistas Nº 8, Caracas: Italgráfica.
- Urbaneja, D.B. (1995). *Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX*. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana.
- Werz, N. (1983). *Parteien, Staat und Entwicklung in Venezuela*. Múnich: Weltforum.

#### *Capítulos de libros*

- Carrera Damas, G. (1998). “La larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia: doscientos años de esfuerzos y un balance alentador”, en VV.AA. (1998). *Comprensión de Nuestra Democracia*. Caracas, Contraloría General de la República, pp. 3-87.

*Tesis doctorales*

Requena, N. (2004). *Lealtades y deslealtades en la democracia venezolana*. Tesis Doctoral. Caracas: Universidad Simón Bolívar.

*Documentos web*

Archivo Digital Sofía Imber-Carlos Rangel (1973a). *Entrevista a Pedro Rafael Tinoco, candidato presidencial del Movimiento Desarrollista*, Programa “Buenos Días”, 11-09-1973 [http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar\\_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=1196&Expresion=\\_\(partidocracia\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=1196&Expresion=_(partidocracia))

Archivo Digital Sofía Imber-Carlos Rangel (1973b). *Entrevista a Pedro Rafael Tinoco (h), candidato presidencial del Movimiento Desarrollista, Partido Nacional Integracionista (PNI), Movimiento de Integridad Nacional (MIN)*, Programa “Buenos Días”, 03-12-1973 [http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar\\_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=312&Expresion=\\_\(partidocracia\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=312&Expresion=_(partidocracia))

Archivo Digital Sofía Imber-Carlos Rangel, (1989). *Entrevista a Arturo Úslar Pietri*, Programa “Buenos días”, 24-04-1989 [http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar\\_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=5112&Expresion=\\_\(!BUslar\\_Pietri,\\_Arturo\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=5112&Expresion=_(!BUslar_Pietri,_Arturo))

Prodavinci. (2014). “¿Cuál era la visión de país que proponía Renny Ottolina, el candidato, en 1977?”. Entrevista a Renny Ottolina en Radio Continente, por los periodistas Miriam Fletcher, Luis Eduardo Bello y Luis Turmero, 1977. <http://historico.prodavinci.com/blogs/cual-era-la-vision-de-pais-que-proponia-renny-ottolina-el-candidato-audios-citas/>